VILLA CAÑADA DEL SAUCE

Compilación de relatos históricos y otros textos que caracterizan su cultura

CARLOS PARDO



La presente es una compilación de relatos orales, fuentes documentales y otros textos referidos a Villa Cañada del Sauce.

Su formato surgió a partir de la necesidad de combinar la actividad turística con la conservación de la fisonomía del lugar y el cuidado de su ambiente. De este modo, el concepto de "turismo consciente y sustentable" apareció como el modelo ideal a desarrollar en función del propósito general planteado. Asimismo, las actividades de ecoturismo aparecieron como las más acordes.

A este modelo de desarrollo turístico sustentable, vinculado fuertemente al ambiente natural y cultural, lo entendemos en sus concepciones modernas, que se refieren no solo al medio natural, sino también a lo social y lo cultural.

La Villa es un espacio que posee la particularidad de combinar fuertes hibridaciones culturales en un ambiente casi prístino, con sus especies arbóreas del monte natural y su profusa vida faunística desarrollada a lo largo del cauce del río Quillinzo, uno de los más caudalosos de la provincia de Córdoba, conocido también por sus condiciones minerales. Esa particularidad debe ser preservada, logrando que el inevitable impacto sobre el ambiente, resultado de la actividad productiva y turística, sea el menor posible. En esta línea, la intervención conservacionista por parte del Estado y/ organizaciones privadas evitará que el desarrollo espontáneo degrade las condiciones naturales del paisaje, transformándolo negativamente.

Entendemos al ambiente como una sola unidad biológica y cultural que se retroalimentan en interaccionan, de ahí la necesidad de desarrollar claras políticas de "Conservación Ambiental" , En este intento de definir, poner en valor y visibilizar los hitos culturales —materiales e inmateriales— a conservar, empezamos a describir las condiciones naturales e investigarlas desde conocimientos técnicos, convocando a especialistas en las distintas áreas, para triangularlos con los relatos orales y leyendas de los lugareños, de manera de echar luz sobre las condiciones que hicieron de la Villa lo que es hoy.

En esta función de gestión cultural y turística, el ejercicio de procurar los relatos culturales necesarios para proyectar el desarrollo imaginado desembocó en que la información buscada —así como la que aparecía espontáneamente— adquiriera dimensiones inesperadas, generando la obligación ética de crear un reservorio de relatos culturales. Estos relatos, así preservados, quedarán a disposición de futuros investigadores, quienes podrán darles sistematicidad y acaso elaborar un corpus que enriquezca esta producción.

Así es como nacieron estos apuntes, suerte de recopilación de voces de múltiples autores que aportan a una construcción colectiva. Una construcción que reconoce procesos de despojos sucesivos, migraciones forzadas o buscadas hacia la ciudad, y viceversa. Y también sueños compartidos, identidades confluyentes, elecciones de vidas conscientes y amigables con el entorno, para la elección de un lugar donde vivir.

Todo lo enumerado constituye a Villa Cañada del Sauce.

Localización territorial

En un trabajo de Elida A. Romero (conocida como “la maestra Bebi”), titulado *Villa Cañada del Sauce, Historias, Leyendas, Poesías y Canciones*, se especifica:

Los Cordones montañosos de Córdoba pueden ser divididos en tres grandes grupos:

El Cordón de las Sierras Grandes o Cordón Central.
El Cordón de las Sierras Chicas o Cordón Oriental.
El Cordón de las Sierras de Pocho o Cordón Occidental.

En el cordón Central de las Sierras Grandes se encuentra la Sierra de Comechingones, que forma el límite entre las provincias de San Luis y Córdoba (…). Situado al oeste de las Sierras Chicas, cuenta con las alturas máximas de las sierras cordobesas. El cerro Champaquí es su mayor altura, con 2890 msnm (…).

Nuestra Villa está enclavada en las Sierras de Comechingones, departamento de Calamuchita, bordeada por el río Quillinzo, casi al pie de las Sierras Grandes.

Esta Villa se encuentra situada a 32°20´de latitud sur y 64°8´de longitud oeste, a 750 metros sobre el nivel del mar y distante a 32 kilómetros de la localidad de Berrotarán.

Geología de Cañada del Sauce

El geólogo Pablo Rivera, descendiente de una de las primeras familias españolas que arribaron a la Villa, aportó recientemente desde Canadá, su país de residencia actual, un escrito de su autoría influenciado por su amor por estas tierras, así como por sus nostalgias personales y sus conocimientos profesionales.



Dice Rivera:

Las rocas sobre las cuales tantas veces caminamos al borde del río Quillinzo, son las raíces de antiguas montañas que debían ser tan altas como la actual cordillera, y que se formaron hace unos 530 millones de años. Esa cadena de montañas, que hoy desapareció, fue el producto de un choque entre dos continentes. Por ejemplo, en nuestros días, consideremos la India como un continente. La India está empujando abajo del continente asiático, y de allí que la corteza de Asia se haya plegado (y lo siga haciendo), formando la cadena de montañas del Himalaya.

Un choque como ese ocurrió hace mucho en nuestro país, y así se formaron las rocas de Cañada del Sauce y las sierras de Córdoba. En el caso de las sierras de Córdoba, fue el micro-continente Pampia el que chocó con el súper continente Gondwana.

Cuando las rocas de un continente pasan por debajo de otro continente, son sometidas a altísimas presiones y temperaturas.

A veces esa presión y temperatura no son suficientes para derretir a la roca, pero sí para "cocinarla", por así decirlo, y doblarla. Estas rocas "cocinadas" se llaman metamórficas. Si la temperatura aumenta un poco más, la roca metamórfica puede ser parcialmente derretida, formándose lo que se llama una "migmatita" (roca mixta que tiene partes que fueron derretidas y otras que no; todo eso hoy al estado sólido). Esta última es la que predomina en Cañada: una migmatita de tipo diatexita. Si se sigue aumentando la temperatura se forman granitos, pero ese es otro tema.

O sea que lo que observamos en Cañada son raíces de antiguas montañas que se formaron varias decenas de kilómetros bajo tierra, y que han quedado expuestas debido a millones de años de erosión que las desgastaron.

El monte, la flora y la fauna: algunas aproximaciones

En su trabajo final de cátedra en la carrera de Turismo y Hotelería, María Laura Montes[i] comenta:

La flora de la localidad está comprendida en la zona de monte serrano (entre 500 y 1700 msnm). En el departamento Calamuchita, se encuentran 254 especies vegetales identificadas según inventarios realizados (L. Volkmann). La fauna es muy variada, cuenta con un gran número de especies de aves (algunas endémicas) y mamíferos en menor proporción (…). *Su existencia en abundancia se debe a las regulaciones aplicadas por las autoridades pertinentes y a su respeto por parte de habitantes y visitantes* (…). *En cuanto al clima, su altura sobre el nivel del mar y situación geográfica le proporcionan a la localidad de Villa Cañada del Sauce, un clima benigno como pocas regiones* (…). *El departamento de Calamuchita le permite gozar de microclimas propios* (...).

La localidad posee un clima continental seco, y durante el invierno con días claros y fuertes heladas por la noche, mientras que en la temporada estival, la temperatura supera los 30°.

La vegetación propia del monte natural la componen talas, espinillos, cocos, molles y otras especies como tabaquillo y arbustos de todo tipo. Antiguamente también se veían algarrobos, pero ya no quedan en el monte. En los últimos tiempos han proliferado especies exóticas como los siempreverdes, crataegus, moras, falso café o cafeto, etc.

Si bien es cierto que es uno de los lugares más bellos por el nivel de conservación del monte natural, el mismo no está siendo amenazado solo por la introducción de especies exóticas, sino por la tala indiscriminada de antigua data y profundizada en la actualidad por el desarrollo urbanístico y por mal manejo, el cual, en el peor de los casos, desemboca en los temidos incendios.

En este punto hay que aclarar que en realidad el algarrobo nunca fue parte del monte en la Villa debido a la elevación sobre el nivel del mar, aunque sí lo fue en el pedemonte o región más baja.

Las especies autóctonas le dieron nombre al Valle de Ctalamochita, en referencia a la cantidad de talas y molles existentes en toda la geografía del valle.

El río Quillinzo

El trazado urbano y la distribución de las construcciones turísticas de la Villa se sitúan a lo largo de su cauce, ya que el loteo original se distribuyó aprovechando el río como principal recurso natural e importante atracción turística.



Sus aguas transparentes y su importante caudal a lo largo de todo el año (no se recuerdan períodos de sequía que lo hayan vaciado por completo) le dan su condición de importante recurso.

En la década del sesenta, un vecino de la Villa escribió una de las zambas más bonitas al Quillinzo, que habla de lo que este significa para la localidad.

Zamba al río Quillinzo

Pandito cristal de mi río
Yo quiero, Quillinzo, escuchar (bis)
Penacho de espuma tu trino
Que en teclas de piedra pulsa tu andar

Allá muy arriba en la montaña,
Córdoba y San Luis te dan (bis)
Alegre rumor de fontana
Y las estrellas su parpadear

(Estribillo)

Renace en la ciudad tu suave magia
Palpitante del estío la nostalgia.
Tórtolas tempranas,
Mañaneras quejas,
Traerán dulcemente a mi ventana.
Murmullo renovado de tu encanto
Corazón serrano de mi canto.

Un toro de soberbia tu creciente
Se desangra el cerro en tu raudal (bis)
Detente, ¡oh furia celeste!
No enturbies mi río de manantial.

Diciembre y la siesta de enero
Febrero y las tunas de abril (bis)
Le canto a tu sol veraniego,
A tu luz de cobre luna marfil.

Hugo Silvester

Dice Elida Romero:

Alimentan su caudal cinco arroyos importantes, cuyos nombres son Potrerillo, De los Atajadizos, Del Potrero, Rodeo de los Caballos y Guacha Corral. El arroyo Del Potrero viene directamente del Cerro Áspero (2250msnm) (...). *A medida que el Quillinzo se acerca a Villa Cañada del Sauce, recibe las aguas de otros tres arroyos importantes: Rodeo Viejo, Tala Cruz y Pescadero. Ya en la Villa se une el arroyo Los Nogales (que pasa por el frente de la Escuela Adolfo Alsina).*

(…) *Según estudios del Ingeniero Fitz Simon, llega a los 10 metros cúbicos por segundo, siendo uno de los cinco ríos que forman el Embalse del Río Tercero o Catlamochita, en segundo lugar en importancia (por su caudal) después del Río Grande.*

Las aguas del Quillinzo, de alta potabilidad, poseen propiedades suavizantes y cicatrizantes de la piel, lo que alimentó una de las hipotéticas traducciones de su nombre, relacionado a las propiedades curativas de sus aguas.

Conformación cultural y corrientes poblacionales fundantes

La comunidad de Villa Cañada del Sauce, compuesta por una población estable durante el año de entre 80 y 120 personas, se incrementa de 600 a 1000 habitantes o más en enero, con la afluencia de los propietarios de viviendas de descanso, los turistas de paso e inquilinos temporarios.

Su población, como tantas otras, fue formándose a partir de estratos culturales diversos con mestizajes o hibridaciones, o incluso grupos como los alemanes, que se hicieron residentes permanentes pero no generaron descendencia local que pudiera influir en la conformación social. El mural del portal de la Biblioteca Frida Hindelbrandt (realizado por el artista plástico Gustavo Gutiérrez), a la entrada de la Villa, sintetiza esos grandes horizontes culturales desde los originarios comechingones, mestizados luego en la población rural del gaucho serrano. Este colectivo poblacional originario de “serranos”, se compone con los descendientes de antiguas familias propietarias de las tierras (preexistentes al loteo de la década del cuarenta). Muchos descienden de las corrientes poblacionales coloniales que se mestizaron con la población originaria comechingón. A partir de mediados del siglo XX, el arribo del “turista” como una nueva entidad, sumado a los refugiados de la Segunda Guerra en los inicios de la villa turística, marcó fuertemente la idiosincrasia e incluso las visiones sobre la comunidad que se quería formar en estas tierras.



(fachada de la actual Biblioteca y Centro Cultural Frida Hindelbrandt)

Los comechingones

Elida Romero, en su obra referida, cita a Rex González[ii] indicando que las sierras pampeanas están pobladas desde los años 6.000 A.C. No obstante, alrededor del año 500 de la era cristiana debieron de llegar los primeros pobladores agro-alfareros.

Existen muchas investigaciones académicas sobre la cultura comechingón o kamiare, a partir de estudios de campo realizados en nuestra zona. La más antigua de la que tenemos registro fue en la década del sesenta, llevada a cabo por la Universidad de La Plata, bajo dirección del arqueólogo Pedro Salas y el doctor Orquera confirma la importancia de este asentamiento.[iii]

Años después, la antropóloga Ana María Rocchietti realizó estudios en sitios locales, en su investigación sobre Arte *Aborígen del Sur de Córdoba*, de la que participó el autor de esta recopilación de relatos. En esa oportunidad, la doctora Rocchietti comentaba que ella como ayudante alumna del doctor Orquera había participado en aquella investigación de la UNLP, logrando determinar que en la actual Villa Cañada del Sauce existió una importantísima población comechingón, solo comparable en su densidad poblacional a la de los diaguitas del Valle Calchaquí, probando esa afirmación por la cantidad de morteros existentes en nuestra Villa.

Si bien no fue una cultura que desarrollara importantes construcciones líticas que quedaran en pie, ni tampoco piezas de alfarería de calidad refinada, en diferentes sitios de nuestra zona se han encontrado testimonios de aleros indígenas, que más que viviendas podrían haber servido como refugios en las excursiones de caza, ya que sabemos que las viviendas colectivas (cazas pozos) de los comechingones eran

semi subterráneas, construidas de palos y techos de paja, materiales fácilmente degradables con el paso del tiempo.

En los sitios mencionados hemos podido relevar morteros, pinturas rupestres y cerámicas muy rudimentarias en su técnica, pero que denotan el importante desarrollo de comunidades recolectoras y productoras. En el caso de las pinturas con motivos ideográficos y monocromos, son muy escasas en los aleros, sin bien se han encontrado trozos de cerámica rústica en su facturación, pero con fina decoración externa policromática, en la que predominan los colores rojo y negro.

Cuando se trata de conservar, visibilizar y poner en valor los sitios y testimonios materiales e inmateriales de las culturas originarias calamuchitanas, aparecen las amenazas tanto por falta de estructuras adecuadas para preservarlos, como por la proliferación de conductas destructivas. Para intervenir en esta materia, en el año 2020 se inició un estudio investigativo con un equipo de profesores de la Universidad Nacional de Río Cuarto, compuesto por la doctora María Rosa Carbonari, la licenciada Yanina Aguilar y el magister Fabio Oviedo (historiador de Río de los Sauces), todos pertenecientes al Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias Humanas. A ellos se agregaron el ingeniero doctor Gabriel Espósito, de la Facultad de Agronomía y Veterinaria, y el historiador regional Fabian Tarquini (de Almafuerte), todos coordinados por la Secretaría de Cultura de la Comuna de Villa Cañada del Sauce a cargo de quien escribe, con el objeto de retomar la producción de conocimientos prehispánicos y coloniales que caracterizaron el Valle de Calamuchita.

Efectivamente, estos aportes permitieron construir gran parte de la historia colonial local. Lo que compone una producción importante en sí misma, ya que los estudios realizados en la zona se basaron, mayormente, en la época prehispánica y no tanto en la colonial.

A través de estos estudios accedimos a una interesante producción histórica de la llamada Estancia del Sauce de Lictin o Licsin (Río de los Sauces), que se extendía desde la localidad de San Agustín hasta El Cano en su límite sur, abarcando todo el Valle de Calamuchita hasta el filo serrano (al poniente) y el Camino del Bajo o Camino Real (hoy Ruta23 (al naciente). La estancia —que luego construiría su casco en la actual Estancia Los Cocos (En Río de los Sauces)—, estaba dedicada a la producción mular y ovina, uno de los recursos económicos más importantes de la Córdoba colonial, y perteneció a la familia y descendientes de Jerónimo Luis de Cabrera, fundador de la ciudad Capital de la provincia. En el primer censo poblacional de 1786, se registró a más de 17.000 personas que conformaban la mano de obra de la estancia, entre libres, libertos y una mayoría —cercana al 40 por ciento— de mano de obra esclava de origen africano.

El proceso de mestizaje de grupos étnicos con los descendientes originales comechingones, determinó un tipo físico con características diversas, teniendo en cuenta el aporte indígena. Las referencias describen a individuos altos, barbados y de ojos claros, mestizados con los criollos y con la población negra que hizo su importante aporte genético, dando un tipo físico especial que aún puede observarse en algunos rasgos de la población serrana descendiente de aquellas familias más tradicionales.

Estos estudios, iniciados por nosotros, surgieron a partir de la necesidad de proveer material teórico para proteger y visibilizar las pircas y otros vestigios patrimoniales tangibles, amenazados por la destrucción desaprensiva ejercida por algunas de las empresas inmobiliarias.

La presentación del proyecto legislativo provincial de protección patrimonial específico de las pircas, quedó bajo la responsabilidad del legislador departamental Carlos Alessandri**.**

Testimonios líticos. Morteros, pircas y galerías

Los morteros

Sin dudas los morteros que se encuentran en todo el recorrido del Quillinzo, así como en muchos cursos de agua que riegan un vallecito susceptible de ser cultivado, hablan, en su silencio milenario, de la presencia de comunidades agroalfareras.

Antiguos morteros indios
te saludan cuando pasas.
Mudos testigos son
de aquella indómita raza.

"A Villa Cañada del Sauce"
(Canción popular atribuida a Enrique Acosta)



Grupo de morteros al lado del río.

Los morteros empleados para molienda hogareña estaban hechos en piedra. Para moler en su interior el grano, o lo que fuera, se utilizaba la llamada “mano de mortero”. Su presencia indica siempre, sin dudas, que hubo algún asentamiento cercano a esos sitios.

Debajo del hotel de ATRAC existen 11 morteros, con la particularidad de que cuatro de ellos se orientan con exactitud a cada uno de los puntos cardinales, lo que podría sugerir un posible sentido ritual y seguro un profundo conocimiento astrológico.

En el caso del grupo de morteros que mencionamos junto al río, llama la atención su cantidad, y nos remite a la imagen de un grupo de mujeres trabajando a la par del cauce.

Hay otro sitio con la misma cantidad en la desembocadura del arroyo La Saucería. En ambos casos es coincidente la presencia característica del agua y del valle apto para el cultivo, repitiéndose, misteriosamente, el número idéntico de morteros.

Existen trabajos de investigación sobre morteros en el Valle de Punilla, los cuales aseguran que el diseño de su distribución en una misma piedra, en aquellos casos, coincidiría con la constelación estelar de Las Pléyades. En cuanto a Villa Cañada del Sauce, no existen estudios astronómicos que puedan asegurar una analogía en el diseño de los 11 morteros referidos. No obstante, cabe señalar que el conocimiento astronómico, y su vinculación con una visión espiritualista del mundo, no implica necesariamente ningún tipo de esoterismo, sino más bien una comprensible y pragmática necesidad de aquellos pobladores de conocer el ciclo de la vida para manejar la producción de cultivos y de hacienda.

La cultura rural colonial y poscolonial

El territorio comechingón se expandió por todas las sierras cordobesas, llegando a establecer contacto con algunos ranqueles en el sur.

Luego de la conquista y la colonización, las Sierras de Calamuchita fueron entregadas en merced real a Jerónimo Luis de Cabrera, el ya aludido fundador de la ciudad de Córdoba. Fueron sus descendientes quienes organizaron y luego dividieron, en subsiguientes sucesiones, lo que se daría en llamar la Estancia El Sauce de Lictín, muy cercana, con su posta y su casco, a la actual Río de los Sauces.

Los comechingones —expertos agro alfareros, y en su mayoría de carácter pacífico— fueron una tìpica cultura ágrafa como tantas en la civilizaciones andinas. Es decir que no desarrollaron un sistema de escritura "tradicional" que hoy nos hubiese permitido descifrar más datos de su importante historia. Es por ello que solo contamos con referencias sobre cómo los conoció el hombre español, al punto de carecer de certezas incluso acerca del verdadero significado de esa denominación: "comechingón". Sabemos, sí, que la "mansedumbre" del comechingón de estos lugares, posibilitó una rápida hibridación, dando origen a la población rural de la estancia, principalmente dedicada a la producción de ganado mular. Tales procesos de hibridación permitieron que determinadas técnicas del trabajo con piedras, utilizadas por la población originaria, fueran resignificadas de cara a una nueva realidad y sus necesidades, cosa que ocurriría con las delimitaciones de propiedades privadas, de lotes o corrales denominadas pircas.

Las pircas

Uno de los testimonios líticos de la antigua cultura calamuchitana lo conforman las grandiosas "pircas", vocablo que proviene del quechua *pricas* ("pared"). Se trata de construcciones en piedra que sirven y sirvieron para la delimitación de lotes, campos o para el trabajo con animales cimarrones.

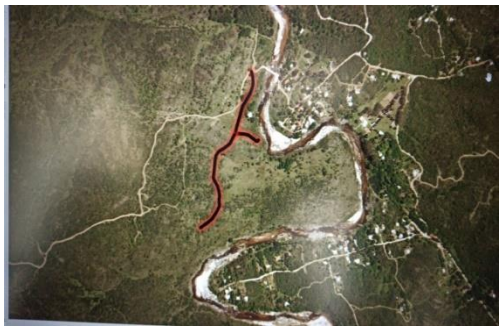
En nuestra Villa Cañada del Sauce, así como en buena parte del Valle, se observa una profusa cantidad de estas construcciones, intactas a pesar de su antigüedad más que centenaria, aunque lamentablemente bajo peligro dada la amenaza de destrucción y robo de piedras por intereses vinculados al mercado inmobiliario actual. También por un profundo desconocimiento de las penalidades que corresponde a la destrucción del patrimonio común, en ocasiones justificado incorrectamente por un mal argumentado derecho a la "propiedad privada". En esta materia, considerando que las pircas han sido declaradas Patrimonio Cultural,

es importante destacar que el derecho a la propiedad privada está siempre limitado al interés general, así como a la legislación vigente.



Si bien pertenecen al período rural y que estas no fueron, como se cree, construidas por los pueblos originarios, no es menos cierto que estas pircas reflejan una impecable técnica de construcción heredada de los comechingones que sí la usaban para demarcar provincias dentro de su territorio, en kilométricas paredes y a su vez, la heredaron de la cultura preincaica del Valle Calchaquí, que extendió sus influencias culturales y técnicas hasta llegar a estas latitudes.

Una fotografía satelital realizada en ocasión del estudio ya mencionado, muestra que el recorrido de las pircas en nuestra localidad, con una longitud de 7 kilómetros en la zona urbana y más de 13 kilómetros en la zona rural, conforma en la actualidad uno de los atractivos más importantes en lo que respecta al turismo cultural.





Estas pircas, que aún siguen cumpliendo su principal función de contención ganadera, conforman hoy un patrimonio cultural tangible de la corriente poblacional criolla: la segunda corriente —luego de la agro-alfarera comechingón— de la que tenemos registro en nuestra zona, cuyos descendientes, en la actualidad, se identifican como “serranos”.

No fue posible detectar satelitalmente restos de mangas realizadas con la técnica de pircas, utilizadas para encierro del ganado cimarrón, lo cual no implica que no hayan existido. Hay que señalar que han sido objeto de investigación durante varias décadas. En ese sentido, se han venido realizado algunos relevamientos in situ de construcciones a partir del análisis de fotografías satelitales de diferentes pircas, tanto corrales como de cercos perimetrales rurales, las cuales se hallan en diversos estados de conservación, contando con información aportada por los habitantes de la zona. Al este del Cerro Colorado (Dpto. de Calamuchita) hay una clara distribución de pircas en diagonal, a manera de embudo, que probablemente hayan servido para manga de encierro.

En el caso que nos ocupa, Villa Cañada del Sauce ya cuenta con registros fotográficos satelitales que nos informan sobre la importancia que han tenido estas construcciones a lo largo de la historia de la región.

La destrucción desaprensiva de estos estos testimonios tangibles de una cultura perdida, es una afrenta contra la dentidad de los pueblos ya que se hace imposible reconstruirlos, independientemente de la tecnología que se maneje, ya que los originarios tenían una concepción sacralizada del tiempo, tan distinta a nuestra lógica cultural y cronémica del sistema capitalista, en la que la construcción de estos monumentos líticos sería absolutamente inviable desde el punto de vista meramente económico. En este contexto ver las piedras de las pircas utilizadas para la construcción de cabañas y la inacción de las autoridades correspondientes es al menos una sangría de memoria colectiva rendida frente al capital .

La construcción de estas pircas suponía saberes específicos de origen ancestral, hoy desaparecidos. Grandes rocas, algunas de canto, se acomodaban en los cimientos con un ancho de más o menos un metro, cuyo interior era rellenado con piedras más chicas, como para darles sustento. Luego se proseguía con piedras de menor tamaño hacia arriba, hasta alcanzar la altura deseada, por lo general de un metro y medio, según el lugar. Ninguna de ellas contaba con cemento u otro tipo de argamasa. Era práctica común colocarles una “tapa” de lajas, de tal manera que los animales que pasaran sobre ellas no las derrumbaran. Aún hoy es posible caminar sobra las piedras cientos de metros, sin que ninguna de ellas se mueva.

Los pirqueros más conocidos en la Villa eran Alberto Rosales, Alberto Acosta, don Hipólito Amadeo Oviedo, don Martín Ordóñez y el recientemente fallecido don Juan Vélez, de Tala Cruz. Nos perdimos la oportunidad de entrevistar a alguno de ellos, pero los sobrevivientes hablan, por referencias, de haberlos visto trabajar.

Ante nuestra pregunta sobre cuánto demorarían en avanzar por metro en la construcción de aquellas pircas, Norberto Romero nos cuenta que “los viejos, según el terreno, donde había mucha piedra cerca y con toda la furia, podían hacer cien metros por mes..”.

Otros aseguran que podían hacerlo más rápido. Un pedrero reconocido no solo en Tala Cruz, sino por sus condiciones de constructor emblemático en piedras en la villa serrana, era don Martín Ordóñez. Norma, su hija, nos cuenta que poseía tanta habilidad que, apenas con ver las piedras, sabía dónde iría a colocar cada una de ellas; las movía de un lado al otro, y de ahí directo a la pirca, el dintel o la pared que tuviera justo ese hueco. A veces trasladaba las piedras desde el arroyo hasta la casa, en el apero del caballo. Otras, las ataba a una horqueta amarrada a la cincha, y así las arrastraba hasta el lugar donde fuera a usarlas.

Un poco de historia

Con la ayuda del equipo de historiadores de la Universidad Nacional de Río Cuarto, podemos decir que la ocupación de estas tierras estuvo vinculada con los avances de Jerónimo Luis de Cabrera junto al capitán Lorenzo Suárez de Figueroa, quien entre el 12 y el 28 de octubre de 1573 llegó para explorar, reconocer y determinar los límites de esta jurisdicción. Se cree que la expedición costeó las últimas estribaciones de la Sierra Chica, que culmina en la región de Achiras (Mayol Laferrere, 1973).

En la región, la apropiación del territorio estuvo vinculada a la familia de Jerónimo Luis de Cabrera, y posteriormente fue dividiéndose entre sus herederos. Gonzalo Martel de Cabrera (1569-1662), a fines del siglo XVI, recibió una merced de tierras denominadas del Licsin (Río de los Sauces), y las de Río Cuarto. Su hijo, Jerónimo Luis de Cabrera y Garay (1586-1662), recibió en herencia la merced señalada: una extensión de tierra que comenzaba en el Valle de La Cruz y se extendía hacia el sur por las Sierras de los Comechingones. En 1633, tomó posesión de la ampliación de la merced en la Estancia San Lorenzo de Licsin. Quedaba para su descendiente María Rosa Cabrera, casada con Juan de Echenique y Echenique, la estancia de San Lorenzo (Río de Los Sauces, Partido de Calamuchita) y San Bartolomé, La Tapa y Piedra Blanca (Partido de Río Cuarto). Al hijo que tuvo con Esperanza Tovar, llamado Juan Arias de Cabrera y Tovar, le sería legada la Estancia San Francisco de la Buena Vista de El Cano.

Una nueva distribución dividiría estas tierras en nuevas estancias: la Estancia de Yacanto, en Traslasierra; la Estancia San Francisco del Cano, y la Estancia Puesto del Tala, cerca de El Cano, Calamuchita.

Por vínculo matrimonial accedería Juan de Sosa y Ledesma, siendo uno de sus hijos Miguel de Sosa y Arias de Cabrera. En 1771, don Antonio Sosa Monsalve fue uno de los propietarios residentes de Río de los Sauces

que dejó testamento, mostrando la importancia de la producción de la estancia. (Lascano Colodrero, 1936; Moyano Aliaga, 2000).

La extensión de las tierras de los Cabrera se fue desmembrando paulatinamente, por deudas e hipotecas de su antecesor. A doña María Francisca Carranza y Echenique (nieta de María Rosa Cabrera, c.c. Juan Echenique, e hija de María Feliciana Echenique y Cabrera, c.c. José Albornoz y Guevara, le asigna la Estancia de San Lorenzo. El año 1773, doña Francisca Carranza la transfiere a don Antonio de Sossa (Busilli, 2001). El capitán Antonio de Sossa Monsalve era hijo de doña Josefa Arias de Cabrera y Jerónimo Sossa, c.c. María Ana Fernández.

En 1764 nacía Juan Tomás Gigena y Díaz de la Torre, que con el paso del tiempo sería terrateniente en la zona de Río de los Sauces. Se casó con doña María de la Candelaria Nis, hija de Bernardo Nis y doña María Isabel Arias Cabrera.

De sus once hijos, Feliz Rosa Gigena y Nis se casó con Leonarda Albarracín, siendo el primogénito, nacido en 1834, Braulio Gigena y Albarracín. Por eso, a fines del siglo XIX, la propiedad de Braulio Gigena y hermanas, la Estancia Los Cocos (antiguamente Los Sauces de San Lorenzo Licsin), tenía una superficie de 18136 hectáreas.

Para el siglo XIX, se pierden los datos. La Estancia de San Lorenzo, pasó a constituir la Estancia Los Cocos. Asimismo, debido a nuevos parcelamientos aparecieron apellidos como Echenique, Gigena, Acosta, quienes compraron una porción al noreste de la estancia, sumándola a las tierras que ya poseían en la zona de San Agustín y el actual Embalse.

Lo cierto es que, para la época colonial, había en la región tierras que estaban en producción, constituidas en estancias y a la vez vinculadas a los circuitos económicos existentes.

En el siglo XIX, en esta región repercutieron los pasos tanto de Facundo Quiroga, en 1830, como los del "Chacho" Peñaloza, en 1863.

Caminos que se cruzan

Por la región calamuchitana, existieron diferentes cruces entre ambos lados de la sierra.

Algunos podrían haberle dado el nombre de "camino real", aunque esa denominación era reservada a los recorridos definidos desde el estado colonial, que partía de Buenos Aires a Lima cruzando la jurisdicción de Córdoba por donde posteriormente se constituiría la Ruta 9. A la altura de la actual Villa María, conocida como Paso Ferreyra, se bifurcaba. Este recorrido fue conocido como el Camino de las Postas, que

atravesaba la región por Tegua y Corral de Barrancas (posta próxima a la actual localidad de Coronel Baigorria), dirigiéndose hacia la región de Cuyo por Achiras.

Existía, también, el camino de pedemonte o Camino de la Costa, que desde la ciudad de Córdoba se dirigía hacia el sur (Ruta Provincial 23) pasando por La Cruz, Villa Quillinzo, Amboy, Villa Amancay y Santa Rosa. Hacia el sur, continuaba a Río de los Sauce, El Cano, Alpa Corral, San Bartolo y Las Tapias. Menos conocido, se puede hacer referencia a lo que se denominaba el Camino de las Mulas, que conectaba con la jurisdicción de la ciudad de San Luis por el Lutti y Merlo, lo que hace suponer una importante actividad productiva en la región vinculada a ambos lados de las sierras comechingones. También se le ha llamado Camino de las Arrias.

Por entonces se llegaba a Lutti desde Cañada del Sauce, por el camino que se extendía entre los campos que antiguamente pertenecieron a Jerónimo Rodríguez, hasta llegar al actual Campo de Froilán Pizarro. El camino que se utiliza actualmente es lo que se denomina “servidumbre de paso”: es decir, una propiedad privada que está obligada a permitir el tránsito público.

Es muy probable que esta región, con sus estancias productivas, tuviera una importante conexión con Chile (cabe recordar que, hasta 1776, tanto la jurisdicción de San Luis como la de Mendoza pertenecían al Corrimiento o Reino de Chile).

Dentro de la región de la sierra se han mencionado tres caminos: el conocido como del Alto, que debe haber pasado por Lutti; el Camino del Medio, que venía de San Ignacio, La Cruz, Río de los Sauces, etcétera. Y el del Bajo, que venía por El Salto, Los Cóndores, La Dormida, Las Peñas. Asimismo, existían caminos alternativos que se usaban para desvío, ya fuera por ataques de la población india o por desbordes de arroyos y ríos. En este punto hay que recordar que no existían deslindes definidos entre las propiedades privadas.

Con los cambios de la economía, las conexiones existentes se fueron perdiendo. Muchos de esos caminos dejaron de tener importancia, y pasaron a ser senderos de animales como los que circulan entre las pircas divisorias de campos y arroyos subsidiarios.

En síntesis, para atravesar la región en tiempos coloniales existieron diferentes recorridos, algunos más importantes que otros por su protección y vinculación entre ciudades de Córdoba al norte, San Luis, Mendoza, Santiago de Chile, al oeste, y Buenos Aires hacia el sureste. También el control del contrabando y el temor a ataques indios haría que definieran caminos más seguros, cruzando por valles serranos, por lo cual, más al sur, existieron varios recorridos alternativos, con denominaciones como el Carril de los Chilenos, el Camino de las Tropas, etcétera (Concolorcorvo, 1776; Amigorena, 1787; Fassi, 19).

Pensando en la micro-región de Calamuchita, lo significativo que hay que reconocer, desde el arribo de los españoles, es la transformación de la zona rural en unidades productivas, para el abastecimiento de la ciudad y para incorporarse al circuito económico del espacio peruano.

Los trayectos más conocidos se relacionaban con el transporte de mercadería entre ciudades, pero los circuitos internos se relacionaban con el traslado de la producción existente en las estancias constituidas. Es así que, en la micro-región entre Calamuchita y Río de los Sauces, probablemente haya habido una continua circulación de producción ganadera. Si hacia 1596 había en la zona una importante producción lanar —y la Estancia de San Lorenzo alcanzó a tener seis mil ovejas—, probablemente vinculada a la

producción textil de los obrajes, dicha actividad tendría posteriormente una merma, dado que Córdoba fue convirtiéndose en región monoproductora de mulas, estimulada por el mercado peruano, pero también por las condiciones naturales de la región (Assadourain, 1982:25-28).

Para 1650: "(…) don Jerónimo tenía en su estancia de San Lorenzo (Río de los Sauces) 4000 ovejas al cuidado de cuatro pastores negros (…)". Y en la estancia de San Francisco (El Cano) había corrales de piedra y 2000 ovejas más, al cuidado de un matrimonio negro (Barrionuevo Imposti, 1986:20).

Fue así que la ciudad de Córdoba se transformó en el punto nodal de los caminos, y comenzó a exportar aproximadamente 12 mil mulas anuales entre 1630 y 1650, insertándose en el mercado interno colonial e integrándose fuertemente a la economía minera del Alto. En ese sentido, la ocupación del suelo se localizó en los valles de la región serrana, pues se transformaban en excelentes resguardos de potreros con un solo cerco. Entre propiedad y propiedad, los límites quedaban asegurados levantando pircas de piedras o arbustos. Ahí se establecieron los principales criaderos de mulas y potreros de invernadas, por lo que en el siglo XVII las tierras de la sierra fueron ocupadas (Assadourian, 1982:34).

En el siglo XIX, la ruptura del orden colonial y la desestructuración de la economía implicaron cambios en la producción y los circuitos existentes. Con los cambios de la economía, muchos de esos caminos dejaron de tener importancia y pasaron a ser senderos de animales como el que circulan entre la pirca divisoria de campos y los arroyos subsidiarios, dando lugar a nuevas conexiones por el llano.

Muchas de estas historias interioranas fueron quedando marginadas frente a la desarticulación regional, dada la ruptura con el espacio peruano, la articulación de la llanura pampeana al Atlántico con la economía agroexportadora y el surgimiento de nuevas vías de circulación, como el ferrocarril. Las arterias anteriores fueron perdiendo su funcionalidad, quedando desarticuladas en la incorporación de la Argentina a la economía del mundo.

Por ello, la actividad quedaría circunscripta a una economía para la propia región. En el siglo XX surgió la importancia del turismo y la posibilidad del negocio inmobiliario, que dieron otra impronta a la zona. Sin embargo, las construcciones históricas en el paisaje rural, como las pircas, expresan los signos de un pasado activo[iv].

De allí la importancia de preservarlo, para poder reconocer ese pasado.

La comunidad serrana

La población tradicional (preexistente al loteo) —fruto del mestizaje entre comechingones, españoles, negros y criollos—, hoy conocida como "serrana", demuestra haber sido de mucha importancia demográfica aun a principios del siglo XX, dato que puede corroborarse con la fecha de creación de la Escuela Adolfo Alsina, que según el trabajo de Elida Romero (escritora ya citada y ex directora del establecimiento) data en el Acta Fundacional del Ministerio de Educación de Córdoba, con fecha 4 de marzo de 1907.

Este dato cronológico testimonia que ya en esa época, durante los albores del siglo XX, existía una importante comunidad rural. De otra manera no se hubiera gestionado la apertura de una escuela en estos parajes, que además se sumaba a dos establecimientos educativos rurales del Cerro San Lorenzo y Cerro Colorado (Escuela Almirante Brown y 25 de Mayo, respectivamente), con importante población en toda la zona.



La Escuela Adolfo Alsina recibe a los visitantes en el ingreso a la Villa, con su hermoso edificio que construyera Venancio Acosta con la ayuda de vecinos, en los años 1959/60.

La escuelita Adolfo Alsina funcionó en distintos emplazamientos (escuelas rancho). Incluso en una época, por estar en tan malas condiciones, funcionó en el garaje de la casa de un vecino, el doctor Aurelio Narvaja, hasta que se construyó el actual y hermoso edificio frente al arroyo Los Nogales, allá por los años 1959/60. Para esa época se destacaba la emblemática directora Elisa Díaz que, quien junto a su marido Venancio Acosta (constructor) se conformaron en referentes de una población que avizoraba un fututo vinculado al turismo, pero que preservaba las condiciones de la villa rural.

En aquel paraje rural, conocido como Cañada del Sauce —aunque esa denominación indicaba en realidad un lugar al este del actual emplazamiento—, a mediados del siglo XX y con el trazado del loteo, empezó a hablarse de una futura villa turística con el nombre tomado del vecino paraje: Villa Cañada del Sauce.

Los apellidos que aún perduran de esa primera fundación como comunidad rural son: Acosta; Oviedo; Benítez; Romero; Rosales y Zarazaga; González; Cejas; Ceballos; Medina; Toledo; Cabral; Gómez; Ordoñez; Clavijo; Rosales; Villaverde; Maldonado, etcétera.

Había, como en toda comunidad rural, pocos espacios comunes que colaboraran con la construcción de una identidad colectiva, tales como escuelas, capillas y los infaltables almacenes de ramos generales, como el del “Turco David”, por el camino del Bajo, el de Roldán, o el de don Venancio, en la Villa, que funcionaban principalmente como bares y lugares de reuniones masculinas.

El más conocido en la Villa era el Almacén de Ramos Generales de don Venancio Acosta, quien en realidad se lo había comprado al maestro García. Según cuenta Cledia Ordóñez, a fines de los años 50 García y su esposa, Elba, tenían dos hijas, siendo el maestro propietario de un vehículo que transportaba a los serranos

para trasladarse al pueblo. García estaba a cargo de la Escuela Adolfo Alsina. Marcelino “Poroto” Reyes lo menciona, más adelante, en su testimonio.



Almacén del “Turco” David (propiedad de la familia Sucaría), por el camino del Bajo, parada obligatoria de arrieros que bajaban de las sierras al pueblo. (Foto: Loli Peressini).



Fachada del viejo almacén de Roldán, que tenía una única puerta donde hoy se ve la ventana.

Estos almacenes no solo oficiaban como lugares de aprovisionamiento de alimentos, o distracción de parroquianos con su vasito en la pequeña mesa, por lo general en el patio bien barrido, sino que además eran sedes del Correo Argentino: nada más y nada menos que la presencia del Estado en estos remotos lugares, al decir de Elvira Narvaja.

Dos de los principales almacenes, el de Venancio Acosta y el de Martín Ordoñez, en Tala Cruz, contaban con estafeta postal, lugar de encuentro de la comunidad local e incluso de habitantes temporarios estivales, en busca de noticias de lo que pasaba en la ciudad y de sus familias que vivían lejos. Tengamos en cuenta que por el período prolongado que se permanecía en la Villa, la única manera de saber cómo estaban los familiares y contar cosas lindas de las vacaciones era recibir la tradicional carta, que llegaba desde Berrotarán a la Estafeta Postal. Hoy es llamativo pensar que incluso las cartas de abuelas de Río Cuarto eran esperadas en la Estafeta de Venancio.

Otra manera tradicional de comunicar las noticias más urgentes era la radio.

En los 70, la familia Cuevas escuchó en Radio Ranquel de Río Cuarto el pedido de alertar a la familia Pardo, de vacaciones en Villa Cañada del Sauce, que se comunicara urgente por motivos familiares. Una vez trasladado el mensaje, se inició el urgente viaje suponiendo que algo grave había ocurrido. Efectivamente, la abuela de Vilma Molina de Pardo había fallecido, pero la noticia, a pesar de todos los impedimentos, había llegado.

La vieja capilla de Tala Cruz

Paraje situado hacia el oeste de la Villa y que cuenta con caudalosos arroyos y paisajes inigualables, debido a que, por la diferencia de altura sobre el nivel del mar, en su vegetación se distinguen algunos manchones con álamos muy altos y que marcan la presencia de alguna vivienda, o acaso una tapera de lo que fuese otrora. Una leyenda nos cuenta que el nombre del paraje y su principal arroyo surge de una cruz de piedras blancas bajo el lecho del arroyo, lo que en algún momento habría llevado a que alguien dijera “ai Ta’ La Cruz”.

Tala Cruz también tenía su capilla, hoy parte de una casa rural privada. Poco queda ya del edificio que aparece en una fotografía Sin embargo, existió también otra capilla, sita en un campo perteneciente a la orden franciscana, en Lutti, más arriba aún que Tala Cruz. Tuve la oportunidad de conocer a dos mujeres de más de 35 años, ambas hermanas y que habían recibido la primera comunión en ese lugar, que aparentemente supo funcionar como lugar de retiros para jóvenes en las misiones de verano.



Foto 11 de la familia de Sabina Oviedo Ordoñez . Se estima que la foto corresponde las primeras décadas del Siglo pasado.



Foto 12 Restos de la pequeña capilla de Tala Cruz, bajo la advocación de la Virgen del Perpetuo Socorro, hoy en el campo de Nilda Tapia. Actualmente la capilla se halla derrumbaba. (Familia Oviedo. Foto de la primera mitad siglo XX).



Foto13 Pequeña cruz de hierro que coronaba la fachada.

Tala Cruz también contó con su escuela, la Domingo Faustino Sarmiento, que correría la misma historia de abandono que su vieja capilla, aunque también tuvo su época de esplendor, en un edificio construido por el gobierno nacional allá por el año 2003 y contaba con pantallas de energía solar y gas natural. Ese bello edificio vino a reemplazar a una “escuela rancho”, que funcionaba en un vagón. Hoy duerme en el olvido de la función educativa, luego que fuera cerrada por falta de alumnos.

Desde la Secretaría de Cultura de la Comuna de Villa Cañada del Sauce, existe un proyecto en marcha para recuperarla como Centro Cultural Rural.



Foto 14 Estado actual del edificio que fuera de la Escuela de Tala Cruz.

Estos recorridos nos muestran que a finales de la primera mitad del siglo XX, en ocasión de diseñarse el loteo para la futura villa turística, no se emplazó en un territorio desértico, sino que, por el contrario, existía ya una importante comunidad rural, con expectativas de conformarse como paraje.

¿El Camino Real en Cañada del Sauce?

Por relato oral de José Zarazaga, surge que su familia era dueña del campo que hoy conocemos como "de los rosarinos" o Establecimiento La Saucería (de los pinares), y que fue muy mal vendido por su padre en la década del 70. El hermoso establecimiento se encuentra en la costa oeste del río Quillinzo, surcado por el caudaloso arroyo La Saucería y sus afluentes. En su curso se encuentra la conocida cascada de El Chorrito, punto tradicional de senderismo de todos los tiempos.



Foto 15 Cascada El Chorrito sobre el arroyo La Saucería, en el campo del mismo nombre.

Conversando además sobre cómo encontrar un paso para llegar a la Quebrada del Chorrito sin pasar por el campo en cuestión, dado que nunca es fácil atravesar propiedades privadas por razones determinadas, José me explica que existe lo que él llama "Camino Real", también conocido como "Paso de las Trancas", que llegaba a Lutti desde Cañada del Sauce y que se extendía prácticamente entre el campo que fuera de Zarazaga y el de Giovanella , antiguamente perteneciente a Gerónimo Rodríguez, hasta llegar al campo de Pizarro. Esta vía también era llamada "Camino de Herradura", a raíz de que solo era usada para el paso de haciendas. Cabe aclarar, además, que el camino que actualmente usamos para llegar a Lutti es una servidumbre de paso.



Foto 16 Imágenes del Viejo "Camino Real" y la tranquera que marca el inicio del campo de Pizarro.

Averiguando más información, triangulamos ese dato con Fabio Oviedo y Fabián Tarquini, historiadores de Río de los Sauces y Almafuerte respectivamente, de lo cual surge que el "Camino Real" es conceptualmente un "camino de postas", como otros existentes en muchas partes de la provincia. En nuestra zona, se trataría

de la actual Ruta Provincial 23, que viene por La Cruz, toma por el Quillinzo, Amboy, Villa Amancay y Santa Rosa, en paralelo a la ruta. Para el sur, continúa hacia Río de los Sauces, El Cano y Alpa Corral. Quizás José Zarazaga se refiera a un antiguo camino que salía a San Luis, por Lutti o Merlo, como camino de mulas.

Por su parte, Fabián Tarquini refiere que antiguamente existían tres caminos para ir a Mendoza y Chile, conocidos como el "del Alto", que debió de haber pasado por Lutti; el "del Medio", que venía de San Ignacio, La Cruz, Río de los Sauces, etcétera; y el "del Bajo", que lo hacía por El Salto, Los Cóndores, La Dormida, Las Peñas.

Un dato muy interesante aportado por Fabián es que, en oportunidades, se construían caminos alternativos al "Real", los cuales eran utilizados para el desvío de ataques, o por desbordes de arroyos y ríos, información que, si la unimos a la que ya tenemos sobre la importante población de negros esclavos en el territorio de la Estancia El Sauce, fácilmente nos permite deducir que estos atajos servirían para la huida de dichos esclavos, o bien para el tráfico ilegal. José Zarazaga me referenció que un antepasado de don Ángel Urquiza, quien aparentemente vivía cerca del actual campo de Toledo, había tenido un esclavo, recuerdo que llegó a los oídos del niño que fuera José cuando lo escuchó mencionar.

Lo cierto es que nada queda de ese camino o paso, más allá de trechos con senderos de animales que circulan entre la pirca divisoria de campos y el arroyo La Saucería y sus subsidiarios.

En la década de los años 80 se utilizaba para transitar a caballo y para el arreo de animales, porque además acortaba mucho la distancia para llegar a Tala Cruz o Lutti respecto del camino principal, que, como dijimos, es actualmente una servidumbre de paso o camino vecinal.

Por caso, hasta ya entrado los años 90, Normita Ordóñez, vecina de Tala Cruz y una de los hijos de doña Sabina y don Martín Ordóñez —el famoso albañil, artesano de las piedras—, venía a diario desde Tala Cruz a vender su pan casero y leche recién ordeñada, empleando ese sendero diariamente sin saber que quizá, siglos atrás, había sido usado para transportar ganado mular, carruajes de carga y, por qué no, algún esclavo liberto o fugado, tal vez movido por la ilusión de acabar sus días en la sierra chica por decisión propia, sin estar sometido al designio de ningún propietario.

El loteo de Carlos Etkin: inicios de una villa turística

Otro hito fundante surge a partir del loteo que realizara el doctor Carlos Esteban Etkin, promediando casi la mitad del siglo pasado —en 1943—, sobre unos campos que fueran herencia de sus padres y que dividiría con sus hermanos.

Entre las historias populares no resueltas de la zona, se encuentran las condiciones en que estos campos quedaron a nombre de la familia Etkin. Una leyenda no confirmada, pero que vive en los relatos locales, cuenta que el traspaso de las tierras habría sido a cambio de la defensa en juicio por asesinato de un serrano. Hecho que no sería nada raro, dada la precariedad de los títulos que existían en aquella época, ya que las transferencias por herencia nunca contaban con la debida documentación catastral, ni estaban claras entre las mismas familias ni en la delimitación de esas propiedades, circunstancia que los profesionales del derecho podían aprovechar exitosamente, tal como sucedió a lo largo de todo el Valle de Calamuchita.

La escribana Marina Etkin, hija y sucesora del loteo de Carlos —hay otros herederos por parte de Alberto Etkin, su hermano—, aporta información sobre los títulos que existen en su oficina, acreditando propiedades de su padre sobre estos campos adquiridos a las sucesiones de familias como Rosales y otras.

Marina nos cuenta que los primeros de la familia en llegar a la zona fueron sus abuelos, don Rubén Etkin y Sofía Belgof, ambos refugiados en Argentina luego de huir de la revolución rusa de 1905, la cual, en protesta por la situación económica del zarismo, sentaría los cimientos de la siguiente revolución bolchevique del año 1917.

En el texto *Alberto Marcos Etkin (1905-1984): intelectualidad y polémica desde Río Cuarto, anotaciones para su biografía*, de Omar A. Isaguirre, el biógrafo consigna que:

Rubén Etkin y Sofía Belgof provienen de la ciudad costera Berdayansk-Crimea. Ambos conforman la primera corriente de ucranianos que llegan a partir de 1897 a este lugar del planeta, donde tienen a su primer hijo, Alberto Marcos, en 1905. Esta versión pondría a la familia Etkin como parte de la importante corriente decimonónica de la inmigración europea a América.

Una vez en el país deciden, como muchas familias migrantes, ir a determinados lugares en función de algunos datos pasados por otros paisanos en iguales condiciones, movilizados por encontrar lugares que aseguraran mejores condiciones de vida. Los Etkin deciden cruzar el país en carreta hasta Mendoza, pero sucede que en ese camino debieron descansar en Río Cuarto, una de tantas paradas del largo viaje. Tanto les gustó este villorio del sur cordobés que deciden, luego de un corto tiempo en Mendoza, volver a Río Cuarto a instalarse (1903-1904), más allá de que no hacía muchas décadas había sufrido los últimos malones ranqueles, comunes en la zona de fronteras del siglo XIX. Una vez en Río Cuarto, tienen su tres hijos varones, Alberto, Julio y Carlos. Julio de profesión odontólogo y los otros dos abogados. Los Etkin se dedican al comercio de cueros, aunque llegaron a tener una mueblería en el centro de Río Cuarto (La Moderna). Aunque Marina nombra como amigos de sus abuelos a la familia Karakachoff (en relidad son cuñados, porque una hermana de Sofía Belgoff, de profesión obstetra, se casó con Martín Karakachoff. (Los Karakachoff son conconocidos en Río Cuarto por un antiguo comercio de artículos del hogar que cerró hace unos años). Seguramente en la villa del sur, hacia los albores del siglo, habrán establecido relaciones con los también destacados curtiembreros riocuartenses como la familia Jorba y el mismo Ambrosio Olmos, ambos terratenientes de primerísima línea en la oligarquía argentina.

Dice Marina que ellos querían acceder a un campo, y llegan a concretar ese sueño gracias a un amigo rabdomante, que se dedicaba a buscar minerales con un imán. Este exótico buscador de wolframio nunca encontró lo que ya se había descubierto desde los primeros años del siglo en la mina del Cerro Áspero, de importante actividad exportadora durante la Primera Guerra Mundial, y que perteneció a capitales alemanes y también ingleses. Hoy sus ruinas se conocen como el Pueblo Escondido, meca de motoqueros y turismo aventura. Este pintoresco personaje, amigo de Rubén Etkin, a pesar del fracaso en su búsqueda mineral les refirió que había conocido un hermoso lugar de cerros y con un fantástico río, lo cual animó a la familia a llegarse al lugar y comprar una porción de terreno para construir su primera vivienda, en el sitio donde hoy está emplazado el hotel, en el hermoso valle donde se ubicara el principal asentamiento comechingón, como relatáramos más arriba.



Foto 17 Viejo chalet de la familia Etkin, parte del actual edificio del hotel.

Sin embargo, existen otros relatos provenientes de tradicionales familias serranas y que refieren que "el Ruso", como le decían, llegó a la villa vendiendo todo tipo de artículos de almacén. Recientemente, en su libro *Río Cuarto Tiene Historia* (editorial UniRío), Luis Schlossberg rescata un importante documento de autoría de Rodolfo Centeno sobre los "los niños de Jorba". Aclara el autor que de niños "tenían poco", y que se refiere a los troperos que don Salvador Jorba enviaba a la zona en viajes en carretas que duraban semanas para comprar los productos de campo que luego se vendían en su almacén de ramos generales, así como los cueros para la barraca de Jorba.

Los troperos, dice Centeno:

Físicamente eran tan feos como apretarse el dedo con una puerta, y gozaban de una fama justamente adquirida , por sus inclinaciones "deportivas" hacia la caza de todo animal comestible que encontraban en sus travesías, ya fueran chivos, corderos, pavos o gallinas, todo iba a parar a los carros que conducían. Era común que los capataces debieran ir a pedirle a los policías la liberación de algunos de estos hombres por rapiña en los campos.

Lo cierto es que a estos gauchos, barbudos y cansados después de sus travesías por las sierras, les gustaba llamar la atención cuando arribaban a Río Cuarto, cruzando el vado por donde ahora está el viejo Puente Carretero, con los cascabeles en los cogotes de sus mulas o los gritos que tanto atraían a los curiosos de ver qué mercaderías transportaban. Los troperos llevaban consigo también la realidad de la explotación, puesto que los enviaban con un kilo y medio de carne, 200 gramos de yerba, 400 de azúcar y dos kilos de harina, como toda provisión por cada semana de viaje.

Deducimos que los troperos de Jorba pudieron llegar a la zona de la Villa, pues su destino eran campos de Calamuchita para luego cruzar a San Luis, condición de estos parajes por el camino del filo serrano. En ese caso, los Etkin pudieron tener referencias de estos lugares por vía directa o por mentas de los troperos de Jorba, considerando que ellos operaban una de las empresas más importantes del Río Cuarto de la primera mitad del siglo XX y que los Etkin trabajaban en el mismo rubro, el de barraqueros. Viviendo en el mismo pequeño pueblo, es seguro que se conocían.

De confirmarse estas presunciones, el relato serrano que los vincula a la “venta de baratijas” también pudo haber determinado el primer contacto de los Etkin con los campos serranos del Sur de Calamuchita, sin desestimar la versión del amigo rabdomante buscador de wolframio.

Marina Etkin, única hija y heredera de Carlos, nos cuenta que la familia de sus abuelos se estableció junto a sus tres hijos en el hermoso vallecito donde actualmente está el hotel, dedicados a la producción de frutales y hortalizas en ese privilegiado lugar, que además embellecieron con hermoso rosales en glorietas y jardines. El día en que nació Marina se plantaron los cipreses piramidales en cruz, que marcan y dividen en cuadrantes ese terreno.

A esa primera propiedad se fueron agregando numerosas tierras, conformando grandes extensiones de campos serranos a la orilla del río Quillinzo, hacia el Sur y hacia Tala Cruz.

Lo cierto es que, sobre parte de esos campos, Carlos decidió hacer un loteo coincidentemente con la época del *modelo de turismo social o de masas,* acorde a los principios ideológicos peronistas a los que Carlos Etkin adhirió junto a un grupo de amigos. Un dato relevante a la hora de pensar una proyección por entonces futura, es que la Villa nació como parte de un paradigma en el que el turismo vacacional obrero acababa de constituirse como un derecho, es decir: para todos.

Carlos Etkin fue un destacado abogado, filósofo y pensador político de la izquierda nacional, intelectual reconocido a nivel país. Junto a su grupo de amigos de militancia, puso en práctica la idea de turismo para la clase trabajadora que formaba parte de las banderas del primer peronismo, movimiento al cual adhirieron para luego integrar la izquierda nacional desde el frente obrero, corriente conocida por estar integradas por plumas exquisitas de escritores de renombre, desde el gran Arturo Jauretche hasta Abelardo Ramos y su grupo organizador, con Aurelio Narvaja, el propio Carlos Etkin y otros. Así nació un proyecto político, turístico e inmobiliario, a través de la Compañía de Tierras y Turismo (E. T. y T.)

La Compañía E. T. y T. vendía, mayormente en Buenos Aires, lotes a trabajadores de aquella clase media en ascenso, ofreciendo un modelo de casa tipo, de un dormitorio, prototipo arquitectónico del que quedan algunos resabios en las casas más antiguas, caracterizadas por un porche delantero con arcada de piedras, una estufa hogar con chimenea exterior revestida en piedra y otras características de su diseño. Aún puede apreciarse esta arquitectura en la casa original de la familia Narvaja, entre otras.

En un folleto turístico editado por la familia de Carlos Etkin puede observarse el diseño sugerido de chalet, e incluso el dibujo de un viejo colectivo que servía como transporte de turistas del hotel, según nos cuenta Marina Etkin.

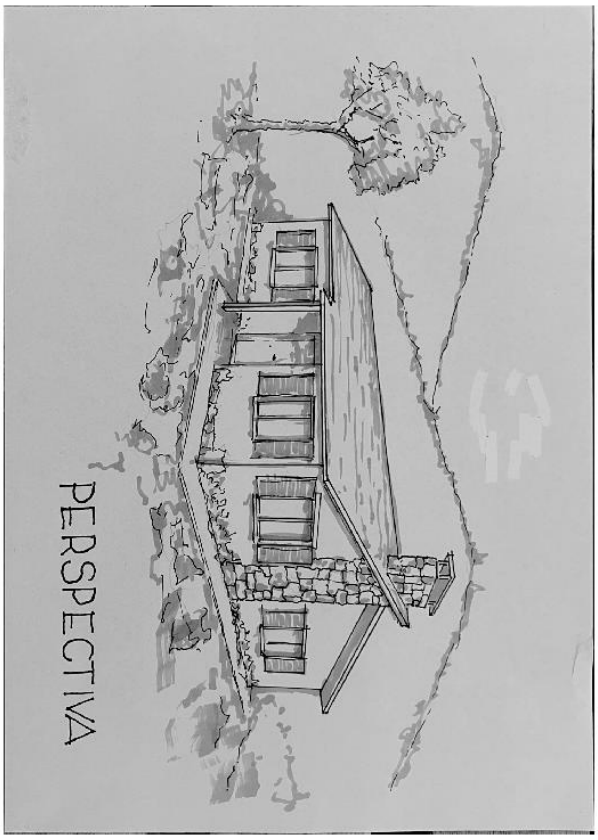


Foto 18 reproducción obra del Arq. Marcelo Pardo del diseño del chalet sugerido

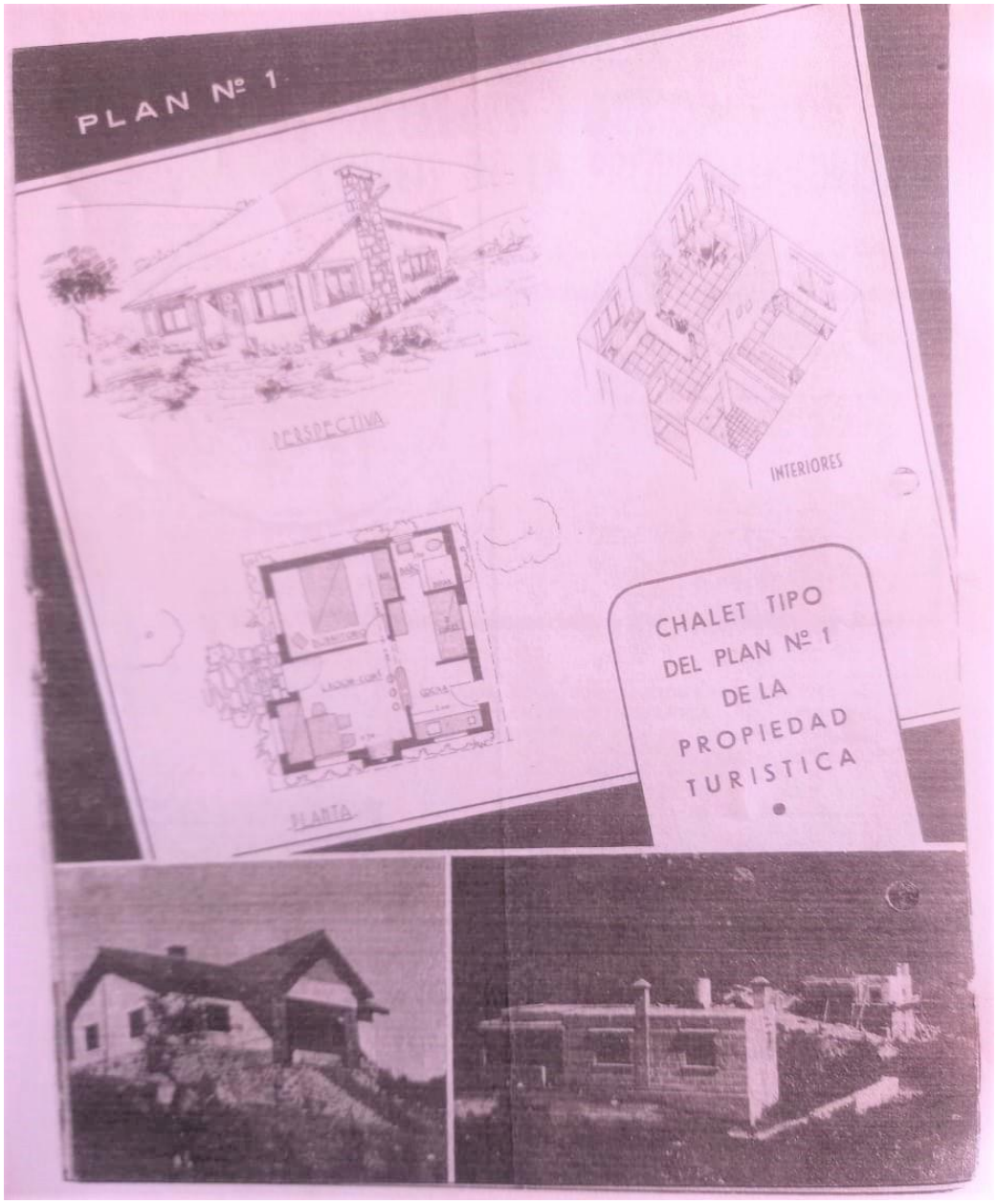


Foto 19 primeras casas y diferentes cortes del plano



Foto20 Folleto para promoción turística (década del 50)

Así empezaría la Villa a poblarse de “turistas”, con grupos de amigos que compraban terrenos, construían sus casas de veraneo y empezaban a llegar asiduamente, organizando una comunidad que iba consolidándose en cada verano con la afluencia de estas familias que hoy conforman la población de residentes temporarios e incluso algunas familias que se radicaron en la Villa.

Muchos años después, parte de ese loteo quedaría en manos del hermano de Carlos, el doctor Alberto Etkin, sin poder aclararse bien las circunstancias. Hoy, los descendientes de ambos hermanos siguen con las ventas del remanente de ese loteo.

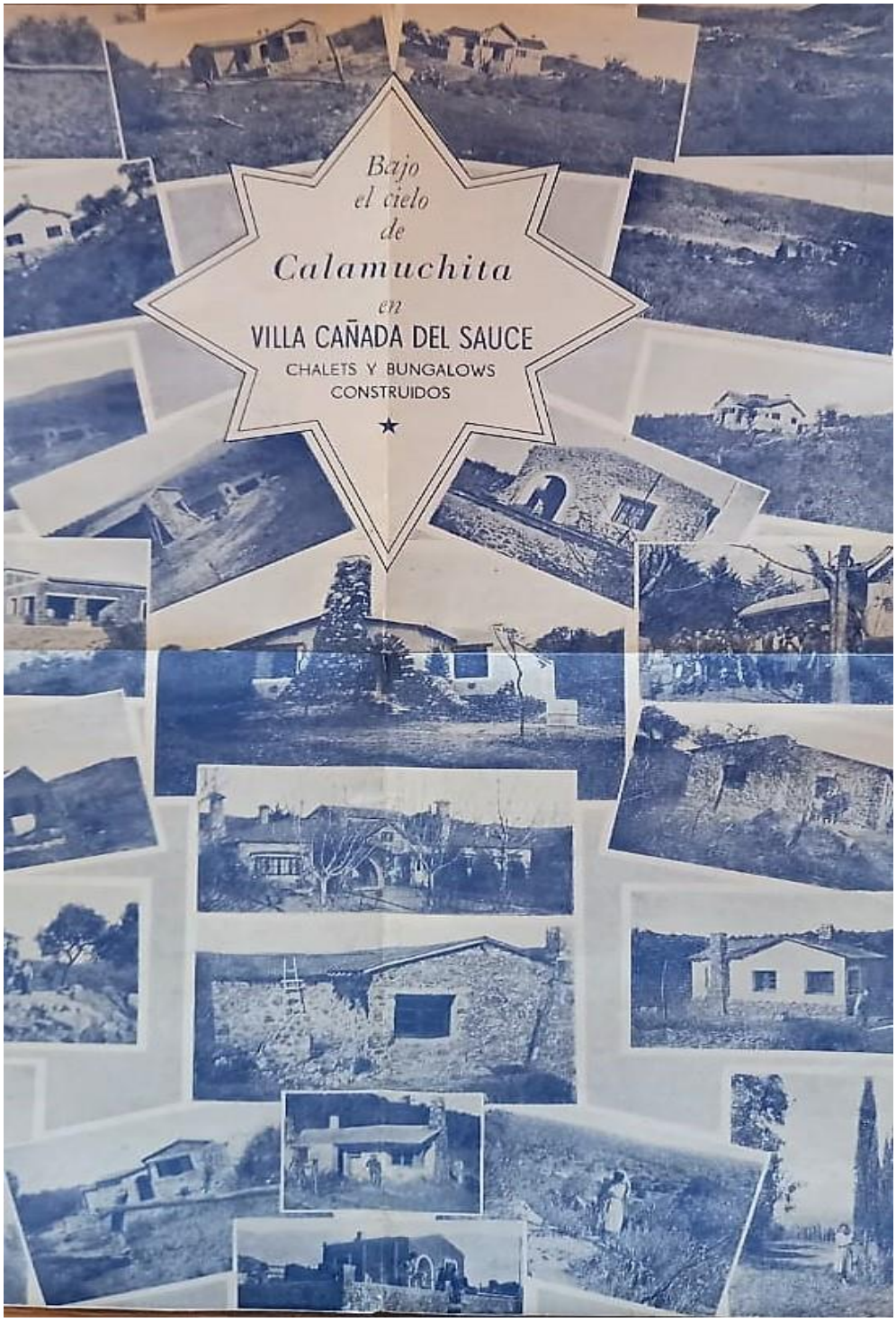


Foto 21 Por los chalets que se ven, y algunos que aún no estaban, inferimos que la foto es de finales de la década del 40 y principios del 50.

Cuenta Mary Mittelman (Romero: p. 32):

Mi padre fue uno de los primeros que construyó una casa, que después vendió al señor Bailín (o Balint), y que fue una hostería que se llamó Hostería San Bernardo, por el nombre de mi padre (hoy El Cortijo). Esa hostería trajo adelantos al lugar, ya que sirvió para distintos acontecimientos.





Foto 22 Imágenes del actual Cortijo (ex Hotel de Bailin). Las reformas de estilo español del edificio son posteriores.

Las primeras construcciones de casas turísticas fueron las de Mitterman, Araujo, Lozano y Reyes y la casa de la familia Etkin, que luego sería el emplazamiento de unos de los dos hoteles.

Después del loteo arribaron a la Villa varias corrientes, en condición de nuevos propietarios, quienes posteriormente conformaron una población residente y temporaria que convivió con los serranos residentes tradicionales, aportando una condición pluricultural a su población.

¿La fecha fundacional o las distintas fundaciones?

Lo hasta acá relatado muestra la dificultad de establecer un solo hecho fundacional como hito de referencia en el tiempo. Más bien, podríamos hablar de varias fundaciones de la Villa, al decir de la doctora Elvira Narvaja Arnoux. Por ello se estableció como convención festejar el día de Villa Cañada del Sauce el penúltimo o tercer domingo de enero, fecha que contemplaba la presencia de la mayor cantidad de vecinos turistas propietarios para los festejos, y que no guarda una relación documental con ningún hito de las varias fundaciones de la(s) población(es), en sus distintos períodos diacrónicos.

Inmigrantes, turistas e intelectuales.

Los europeos en la Villa

Con la construcción de las primeras casas, arribaría a Villa Cañada del Sauce un numeroso grupo de familias de origen europeo. Entre ellas se contaban los españoles, muchos de ellos "libreros" que habían arribado al país fugados de la persecución franquista, y otros huyendo de la miseria de la Europa fascista.

Las primeras casas de estos españoles fueron construidas alrededor del año 1947. Por ejemplo, la de las familias Lozano (doña Josefa) en el barrio Sur, junto a las de Araujo y Beylin, en el Norte, aunque esta última no fuera de procedencia ibérica.

Los españoles generarían entre ellos grandes vínculos como parte de la comunidad de residentes veraniegos de la Villa, independientemente de la ideología que los hubiera traído a América.

Algunos habían llegado tras huir de la persecución política del franquismo, como era el caso de la familia de Angelita y Pepe León, y también el de los Paz, con quienes fueron muy amigos. Otros, simplemente, arribaron escapando de los horrores de la posguerra europea. Algunos tenían vínculos por ser libreros o estar vinculados a editoriales, o por tener amigos en Buenos Aires. Incluso otros tenían algún tipo de afinidad al régimen del "generalísimo".

Entre las familias españolas más conocidas que construyeron en la Villa, podemos nombrar a los ya mencionados Araujo y Lozano, como así también a los Giménez Codes y los Montes. Otras familias emparentadas eran las de los Cuevas y los Paz, Fernández Rico, Reyes, los Rivera, los Zaragoza, etcétera.

En el mes de marzo del 2021 hicimos una teleconferencia con las nietas y los nietos de esos pioneros ibéricos, tratando de reconstruir esas características que los unieron, en especial en su estadía estival.

Las anécdotas, trasmitidas de generación en generación, nos permitieron recrear esa hermosa comunidad de mujeres y hombres valientes, que se lanzaron como tantos migrantes a cruzar el océano en busca de mejores horizontes.

Doña Josefa Lozano



Foto23 Doña Josefa

Gran personaje para los vecinos en el barrio Sur, le gustaba firmar de la siguiente manera: Josefa Vda. de Lozano.

Todos conocemos alguna anécdota graciosa de esta española bajita, ataviada con sus clásicos “batones” y que gritaba desde la terraza de su hermosa casa de piedras (una de las primeras construidas por Martín Ordoñez) llamando a su amiga Tía Carmita (doña Carmen de Giménez Codes, quien vivía en el chalet de abajo), o haciendo sonar sus cacerolas a manera de alarma para avisar que venía creciente del río, ya que ella se enteraba alertada por los vecinos de río arriba.



Foto 24 Estado actual del Chalet Lozano, hoy Durich.



Foto 25 Estado actual de la casa de doña Carmen Giménez Codes, hoy conocida como la casa de Pili Giménez Codez.

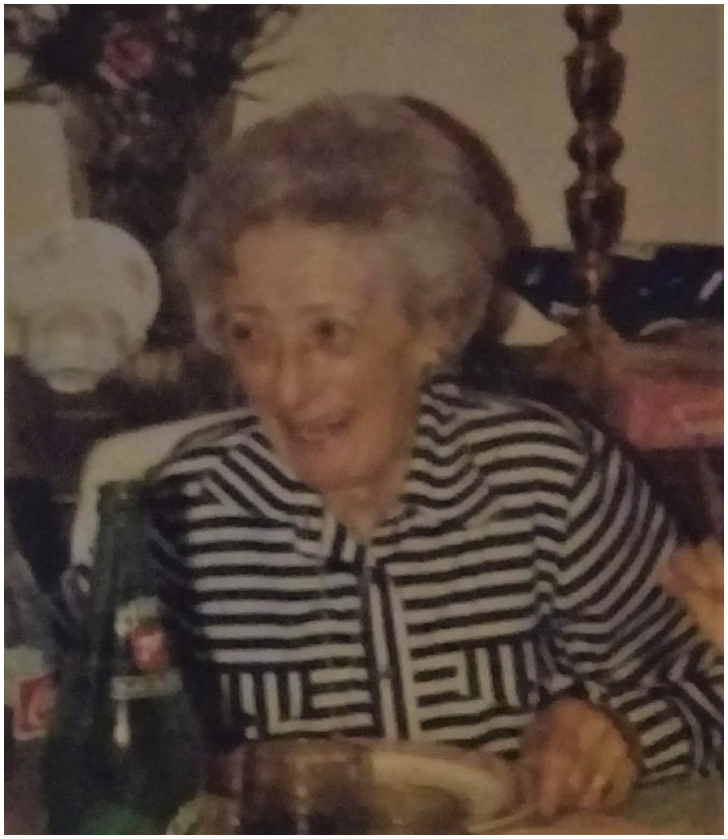


Foto 26 Doña Carmen Velazco de Giménez Codes.

Estas dos amigas españolas eran muy distintas entre sí.

Doña Carmen tenía una permanente expresión de servicio. Todos recuerdan las paellas que hacía para los vecinos. Un serrano me contaba que, de niño, le llevaba la leche fresca, y ella siempre lo esperaba con tostadas, café con leche y manteca casera. Por su parte, Josefa no se amilanaba ante nada, con su carácter y su simpatía. Ambas eran muy queridas por serranos y turistas. Al día de hoy ocupan un lugar privilegiado en las memorias de quienes las conocimos.

Es que Josefa había viajado a la Argentina a principios del siglo XX, con apenas 12 años, sola en un barco, cosa impensada hoy. Una de sus nietas, Susana Durich, nos cuenta que habiendo crecido en una familia atravesada por las necesidades económicas de pre Gran Guerra, y como tantas otras, decide enviarla a América, a la casa de los parientes que estaban en mejores condiciones económicas. Aquí le cambiaron el

nombre de Josefina Expósito a Josefa Vergara, apellido que adoptó con posterioridad debido a que su apellido remitía a los niños criados en orfanatos ("niños expósitos").. En épocas de inmigraciones, el cambio de apellidos por otros ficticios era moneda corriente. Lo notable es que Josefa eligió el apellido Vergara, no otro. Con los años, confesaría que Vergara era el apellido del maestro de su pueblo: bella forma de apropiarse de un derecho, el derecho a la Educación, y el prestigio que por entonces portaba el magisterio, agentes de acceso a ese Derecho.

Del otro lado de la Villa, hacia el norte, la familia Paz construyó "Las tres chulas", primer complejo de cabañas compuesto por tres hermosos chalecitos sobre las márgenes del Quillinzo.

Doña Casimira Paz, más conocida como "Casi", con su marido Miguel y sus cuñados Antonio y Joaquín Paz, tenían, además de las cabañas, un taller mecánico. Doña Casi fue sobreviviente de un campo de concentración durante la Guerra Civil Española, lo que de seguro le había dado un carácter fuerte y muy activo, tanto como su disposición a caminar por el monte con su pequeña estampa y su cabellera blanca. Su nieta, Alejandra Paz, nos cuenta que el gobierno español grabó una película con su historia, en homenaje a los sobrevivientes de los campos de concentración franquistas.

En los 60, la familia de Pepe y Angelita León construyeron su casa en el barrio Sur y trabaron amistad enseguida con la familia Paz, con quienes compartían muchas cosas, entre ellas haber sido perseguidos por el régimen franquista. Recientemente, en la reunión virtual con las nietas de estos primeros españoles, Rosana León nos contó que su abuelo Pepe practicaba ciclismo en Buenos Aires. Y que, caminando por la Villa, se encontró una vez con Antonio Paz. Después del clásico "yo a ti te conozco", "y yo a ti también", se encontraron en este remoto lugar dos viejos compañeros de ciclismo, que desde entonces fueron inseparables.

Marcelino Reyes, "Poroto", nos cuenta en una entrevista su experiencia de turista y luego de vecino de residencia permanente.

Cuando llegué a Cañada del Sauce

Hay quienes hemos nacido a la vera de anchos y caudalosos ríos, en mi caso el Paraná, cuyas orillas opuestas no alcanzamos a divisar, con aguas turbias que no nos permiten calcular su profundidad, pero que sabemos es mucha. Si agregamos el entorno horizontal, extenso y verde, bello pero monótono, se comprenderá por qué nos atrae y sorprende la diversidad del paisaje de los cerros y la limpidez de las aguas de estos ríos.

La primera vez que llegué a Cañada del Sauce no vi nada de eso; era de noche. El culpable fue el administrador del improvisado hotel, una casona que oficiaba de tal, que nos había demorado toda la tarde en Berrotarán por ir hasta el embalse a comprar un pescado que, en definitiva, nos vengó, pues la falta de refrigeración lo descompuso, produciéndole una intoxicación al anciano, llamado don Rubén Etkin.

Don Rubén era el padre de los organizadores del loteo, que se limitaron a vender y cobrar los pedazos de tierra. En aquel tiempo se vendía cualquier cosa; era 1948 y la falta de experiencia sobre la inflación hacía que la plata sobrara y no se supiese qué hacer con ella. Además, las inversiones se "valorizaban" rápidamente.

Mis padres —Purificación Suarez, doña Pura para todos, y Juan Reyes—, junto a una docena de compradores más, hicieron las primeras casas. Anteriormente solo había dos: la casona de Etkin y otra muy pequeña, de Don Bernardo Etkin. La nuestra fue la tercera.

Volvamos a la primera noche. Después de haber discutido media hora con don Rubén, empeñado en que nos bañáramos en el río, un río desconocido que santafesinos y porteños nos imaginábamos semejante al Paraná o al de la Plata, conseguí darme una ducha, que después de 24 horas de viaje me hizo dormir como un bendito. El despertar del día siguiente fue inolvidable. Multitud de pájaros —en gran parte hoy casi desaparecidos— nos saludó con sus coros sonoros que surgían de entre los árboles. Bajamos al río, tenía unos 30 metros de ancho y una profundidad del agua que no podíamos calcular, pero de una claridad tal que nos permitía ver el fondo de limpia arena, de cantos rodados y rocas grises, algunas sobresalientes. El entorno maravilloso. Cerros verdes salpicados de árboles y yuyales florecidos en los que predominaban los amarillos y rojos. Gran parte de semejante belleza se perdió gracias a la sagrada mano del hombre, que la contaminó con especies extrañas que nada tenían que agregar a lo que a la madre naturaleza le había llevado muchos siglos crear. Agreguemos a eso el desmonte salvaje.

Los que ya estaban

Recordamos aquellas dos lindas jovencitas que atendían las mesas del hotel, que se llamaban Berta y Ramona y que, felizmente, aún podemos verlas andar por la Villa. García, un tipo muy especial, maestro a la fuerza, no precisamente por vocación, renunció a la docencia y puso un almacén, que luego vendió a Venancio Acosta. Tenía dos camiones que desarmaba y rearmaba alternativamente y que utilizaba para sus transportes múltiples. Colaboró eficazmente para destruir el monte centenario que cubría los cerros y surtió a las caleras que necesitaban la madera para quemar en sus hornos.

Venancio y Elpidio Acosta se dedicaron a la construcción, y buen número de casas llevan su firma. Hijos y nietos siguen sus huellas.

A medida que crecía la Villa, se abrían almacenes. Recordamos algunos: Venancio, El Solito, Toledo, Villaverde, Minerva, Heriberto y Alberto Acosta, etcétera.

Don Félix y Magín Oviedo eran tenidos por malos. En honor a la verdad que me exigen estos recuerdos, no puedo contar la anécdota de la mamá de Magín tratando de convencer a su hijo, embebido en vino, de que no debía cruzar a caballo el río crecido. Lo dejo para otra ocasión. Otro personaje era don María Gómez: además de su nombre de mujer, tenía la particularidad de ser el propietario legítimo de una hernia inguinal enorme que cuidadosamente resguardaba con la mano cuando montaba a caballo.

Volviendo a los constructores, no se puede dejar de mencionar a Ordóñez, que construyó la casona de los Etkin y otras casas de la villa. Otro curioso personaje fue don Cipriano Rodríguez, el "Portugués", que tuvo un boliche que más tarde trasladó al cerro San Lorenzo. Se ufanaba de haber mandado al otro mundo, en Buenos Aires, a un tipo que quiso degollarlo por la espalda; lo reventó de cinco tiros, decía. Hubo muchos otros, pero se me acaba el papel.

Los que vinimos

En mi primer viaje a la Villa conocí a Mari y Beilín y a su hermano, Alberto. El padre, don Bernardo, había edificado la segunda casa, en la que hoy está El Cortijo —así fue bautizada cuando la compró don Ángel

Perera, después de que fuera transformado en hostería por los hermanos Balint—. Conmigo venía Miguel Gastiarena, un tipo muy ocurrente que nos llenó de anécdotas, al igual que Gallego Montes, también muy divertido.

Ledesma, que había comprado el hotel, marcó una época en la villa. Lo conocí de peón, cavando un pozo. Habíamos llegado en coche de sorpresa y, además, fuera de temporada. Nos ubicó en nuestras habitaciones y se fue, después de recomendarnos que pasáramos al comedor cuando estuviéramos listos.

Bajé con mi amigo Miguel y vimos que las mesas ya estaban listas. Para saber cuál era la nuestra, entramos a la cocina. El "peón" se había higienizado y vestido de cocinero, gorro incluido. La sorpresa no terminó ahí. Nos sentamos en nuestra mesa y, al poco rato, apareció Ledesma con los platos servidos. El cocinero había dejado el gorro y se había transformado en mozo, con moñito y todo. Así era Ledesma, un excelente cocinero además de mozo, albañil, chofer y cuántos oficios más uno quisiera adjudicarle.

Por las tardes, todos nos reuníamos en el hotel y así nos íbamos conociendo. Grandes bebedores de cerveza, como Lozano y Fernández Castro, su hijo Fernández Rico, Gallegos, Wierderkher, Scrugli, Cuevas, Dillon, Araujo, Giménez Codes, Zaragoza, Mosquera, Rivera, Paz y tantos y tantos otros que, en distintas épocas, fueron integrando la Comisión de Fomento, cuya obra se ha ido olvidando. Perduran el puentecito sobre el arroyo El Nogal; parte de la Sala de Primeros Auxilios; la tarea ciclópea de abrir, sacando rocas enormes, el camino que pasa entre Pardo y León, el ensanche del camino frente a Frida y otras obras que se me escapan. Todo esto se hacía exclusivamente con el aporte vecinal y el esfuerzo personal de hombres como Cuevas o Manujian. Este señor, y su sobrina Frida, merecen párrafo aparte. El era fotógrafo de profesión, y había sido paramédico durante la Primera Guerra Mundial. Se estaba construyendo la sala y, a falta de designación oficial, decidimos por unanimidad nombrar a don Juan Manujian, quien aceptó no solo el cargo ad honorem, sino que brindó su casa para que la sala funcionara provisoriamente allí. En cuanto a Frida, era una mujer excepcional. ¿Quién no recuerda todavía sus famosas tortas alemanas? ¿Qué chico de aquel entonces no endulzó la boca con aquellos caramelos que compraba por kilo para repartirlos discrecionalmente? Creó y atendió de manera gratuita, hasta su muerte, la Biblioteca de la Villa, que incomprensiblemente ha dejado de funcionar.

En fin. Villa Cañada del Sauce es el resultado de la osadía y el esfuerzo de un grupo de hombres y mujeres que se enamoraron de este paisaje privilegiado que les brindaba graciosamente la naturaleza. A todos ellos, mi homenaje y mi pedido de perdón por las omisiones en que involuntariamente he incurrido.

Marcelino Gregorio "Poroto" Reyes

Cuenta Susana Reyes, hija de Pili Jiménez y "Poroto" Reyes, quien fuera secuestrada por la última dictadura cívico militar de Argentina, que luego de liberada volvió a la Villa ese verano, poco meses después, acompañada por su mamá y su abuela como siempre, pero esta vez con su bebé de pocos meses, también sobreviviente con ella, del campo de concentración El Vesubio. En medio de esa difícil situación, los vecinos, por pudor o temor, no sabían si hablar con ella o fingir desconocimiento sobre el horror que había vivido.

Una tarde soleada en el río, como tantas, se le acercó doña Angelita León, quien la invitó a tomar el té en su casa. “Suseta”, como le decíamos en la Villa, lógicamente temerosa, no supo si ir o no. Su abuela, Carmen, le dijo “andá, nena”. Ella casi no conocía a la familia León, más que por haber compartido alguna tarde de río. Ya en casa de los León, la esperaban con un té y muchas exquisiteces. Doña Angelita solo le dijo: “Comé, Nena, comé… Nosotros sabemos lo que pasaste”, como si solo esa frase resumiera por completo la situación que habían atravesado tanto Susana como la familia León, en distintas épocas y países, pero motivada por similares razones ideológicas. Esta anécdota que nos cuenta Susana habla de la solidaridad de aquella familia de españoles.

En ocasión de la reunión virtual, Susana Reyes contó a Alejandra Paz —nieta de Casimira, actual propietaria de Las Tres Chulas— que cuando “Poroto” estaba viviendo en la Villa, a lo largo de cerca de 30 años—, “Casi” Paz caminaba desde Las Tres Chulas hasta la casa de él —más o menos unos dos kilómetros, todo cuesta arriba— para visitarlo o llevarle alguna comida al amigo de su familia, ya que todos habían decidido venir a pasar la vejez a su querida Villa. Cuando Los Paz decidieron regresar a Buenos Aires, ella le dejó de regalo a “Poroto” su antiguo costurero estilo provenzal, con agujas e hilos que seguro necesitaría. Este noble gesto tuvo su retribución, cuando en la reunión se conocieron hija y nieta: Susana y Alejandra. La primera le contó este hermoso gesto de su abuela “Casi” hacia su padre, diciéndole: “Lo tengo guardado para dártelo a vos”.

Pilar Giménez Codes, mamá de Susana y Jorge Reyes, fue maestra en Buenos Aires y activa militante en su “patria chica”, como le gustaba llamar a la Villa. Pili era conocida por todos los vecinos y siempre estaba organizando reuniones, fogones o bienvenidas a los recién llegados. Las charlas en la playa, debajo de su casa, se extendían hasta que la noche llegaba, o hasta que doña Carmen avisaba que estaban listos el almuerzo o la cena. Pili vino a la Villa por primera vez con su familia, traída en el auto de otra familia amiga, los Gallego Montes, justo el día de su cumpleaños números 15. Lo que fue motivo de rezongos primero, luego se convirtió en su lugar en el mundo.

Fue en la Villa dónde conoció a su futuro marido y padre de sus hijos: Marcelino “Poroto” Reyes, hijo de doña “Pura” de Reyes, otra familia de la comunidad española de la Villa.

En una oportunidad, Pili organizó junto a Elisa una visita de los niños de la escuela Adolfo Alsina a la escuela porteña donde ella trabajaba, incluyendo paseos por la Capital y lugares históricos. Idea de dos maestras de alma que sellaron en la mente de los niños serranos, alumnos de la escuela, inolvidables recuerdos sobre la gran urbe y otros mundos.

Los centroeuropeos en la Villa

Otra importante corriente de residentes que podemos nombrar son los de origen centroeuropeo. “Los alemanes,” que se instalaron como pobladores estables refugiados de la posguerra, en su mayoría en el antiguo “Barrio de los Alemanes”, hoy Barrio Norte, donde conformaron una comunidad con otros centroeuropeos: Hindelbrant, Manujian, Leuthold, Mashker, Drewsen, Füntze, etcétera. Tanto Frida Hindelbrandt como Máximo Füntze, Maleck, Adolfo Mashker y Ricardo Tschan no estaban en ese barrio. No sabemos si la ortografía de los apellidos es correcta, o si estos eran reales o no, ya que en esta investigación llegamos a confirmar, por ejemplo, que Juan Manujian, primer enfermero y gestor, junto a Venancio Acosta y otros vecinos serranos y propietarios, de la construcción del Puesto Sanitario, usaba ese apellido de origen armenio. Había, en este conglomerado de europeos, algunos suizos, eslovenos, escandinavos, etcétera.

Refugiados, algunos presumimos con nombres o identidades falsas, escondían historias imposibles de corroborar fehacientemente hoy, y que permanecerán en el terreno de las leyendas.

Estos refugiados, entre otros, se mezclaron con los cerca de quinientos mil inmigrantes que arribaron a la Argentina solo en 1948, entre los cuales unos cinco mil eran de origen alemán. También los había polacos, suizos, belgas, franceses, checoslovacos y croatas, muchos de ellos colaboracionistas nazis que aprovecharon las estructuras de inmigración montadas por el estado peronista, la Iglesia Católica y diversas organizaciones que articulaban planes para la fuga del horror de la guerra. Un grupo importante de ellos terminaron en Córdoba, en Villa General Belgrano, con los sobrevivientes del Admiral Graf Spee —el acorazado hundido frente a Uruguay en noviembre de 1939—, así como en La Cumbrecita y ¿también en nuestra Villa?

Aún no habíamos podido establecer los vínculos con los demás grupos de origen germano, ni por qué razón llegaron a este recóndito lugar donde casi todavía no había nada. Pero en enero del 2022, conversando con una sobrina de Marta Hinderlinch, ella me confirmó que su tía trabajaba en la empresa de tierras de Carlos Etkin, en la parte de escrituración de lotes. Marta, de origen alemán, pudo tranquilamente haber pasado la información de venta de este hermoso loteo a sus amigos connacionales.

A**lemanes en Cañada del Sauce**

Los alemanes fueron parte de los primeros vecinos de la villa turística que, a diferencia de otro “turistas”, se convirtieron en residentes permanentes.

Estos vecinos —simpáticos, enigmáticos u oscos, como cualquiera de los otros— generaron a su alrededor infinidad de mitos y relatos en torno a sus historias de migración y asentamiento en la Villa, combinando exiliados de guerra, comunes en Calamuchita, con otros perseguidos del régimen nazi —el caso de Mashker—, quienes recalaron en este remoto espacio como si los odios europeos pudieran ser purgados aquí. Historias de amor, de muerte, de mujeres abusadas o secuestradas, etcétera. En una de tantas tardes de reflexión sobre estos escritos, coincidíamos con Elvira Narvaja en que quizás lo único que tuvieran en común, todos ellos, fuese el hecho de haber llegado a estas tierras escapando de sus propios demonios.

Frida Hindelbrandt: la alemana bibliotecaria

Una de ellas fue nuestra querida Frida. Para quienes tuvimos el privilegio de conocerla y charlar con ella tantas veces, equivale a haber tenido una experiencia con un personaje de cuentos en la vida real, y de puro amor.

Para evocar a este personaje apelamos al relato de las memorias de Vilma de Pardo, que es una de las tantas amigas que Frida hiciera en la Villa. Aprovechamos y agradecemos la presencia de la familia Cervetti, herederos de la propiedad de Frida, por permitirnos registrar tantos recuerdos que conserva su casa, así como conocer a su hija del corazón, "Pirucha". A Susana Reyes, por sus datos y fotografías, a la familia Savarino por su valiosa contribución del relato de Mariana Majer, etcétera. También esperamos muchos más.

En homenaje a esta alemana que decidió fundar una biblioteca —la primera de la Villa— se decidió, en la actual gestión del jefe comunal Mauricio Acosta, y por iniciativa de la Secretaría de Cultura a cargo del autor de estas líneas. reabrir la biblioteca en enero 2021, como "Biblioteca y Centro Cultural Frida Hindelbrandt".

Vilma Molina de Pardo (mi madre) llegó a Villa Cañada del Sauce a sus 12 años, allá por 1952, acompañada por una amiga del colegio con el fin de parar en la casa de Venancio Acosta, quien a su vez era amigo de su madre, doña Carmen de Molina. Enfermera del Hospital Central de Río Cuarto, Carmen había conocido a Venancio en ocasión de la muerte de la primera esposa del hombre, en una amistad que seguiría toda la vida y a lo largo de tres generaciones.

En el 2020, Vilma escribió y editó "En el barrio me decían Quelita", libro con sus memorias en el que relata vivencias destinadas a sus nietos. En él hay referencias varias sobre personajes de esta Villa Cañada del Sauce, que aún hoy sigue siendo para ella un lugar especial. De esas páginas, y especialmente de los numerosos relatos que nos hizo a lo largo de nuestras vidas en familia, tomamos los siguientes apuntes sobre Frida.



Foto 27 Ultima foto tomada de Frida Hindelbrandt



Foto 28 Antiguas fotos con el sello de su Casa de Fotografías tomadas en la década del 40.



Foto 29 B Vieja radio de Frida

Tanto Frida como"El tío" como llamaba a Jan Manujián trabajaban ayudando en todo lo que podía para transformar este paraje tan bello en una Villa con algunos nativos del lugar. Amplió y ensanchó el senderito

sobre el cual estaba nuestra casa y es por eso que años después del fallecimiento del tío la calle lleva su nombre (avenida Juan Manujian)

También el tío trabajó de sol a sol junto a Venancio y otros nativos para levantar la "Sala de Primeros Auxilios",[v] quería incrementar la formación de los nativos (seres nobles pero rústicos) eran hábiles para trabajar la piedra, pero no había costumbre de trabajar la tierra para sembrar debido a las características del terreno. El tío les indicaba poner árboles de frutos cítricos, duraznos, ciruelas etc. yo decidí armar una biblioteca y tratar de enseñar a leer y también tuve ayuda de voluntarios en esa tarea, hasta, que unos turistas que venían más o menos desde 1940 o 50 los Narvaja, que prestaron su garaje para que funcionara la Escuela de primeras letras, luego vendría un maestro y así se fue formando la escuela que ustedes ven .

(La Escuela Adolfo Alsina se creó en 1907 y funcionó en distintos emplazamientos).



Foto 30 Cocina de Frida restaurada a original.



Foto 31 Amoblamiento original del comedor de la casa (excepto la mesa ratona). El resto, como la gran mesa, está en otras dependencias en perfecto estado. Las fotos son actuales de la casa Frida, y tomadas por el autor de este texto.

Nosotros (dice Vilma) escuchábamos extasiados los relatos de Frida cuando la vistábamos y nos agasajaba con sus budínes. "Coman coman ¡!! Los niños quieren mas? A mi me gustan tanto los niños……será porque no los tuve" ….No quiso tenerlos? Preguntamos: "no nada de eso!!!!Vah, el que no quería era mi marido, además murió tan joven,,,,,,,,,,"

Me contaba que en Buenos Aires tenia unos vecinos que tenían 3 hijos: " Me hice amiga, de la mamá, a veces llevaba la más pequeña para hacer las compras y cuando me preguntaban ,,,es suya? yo decía no es mi sobrina!! Quería "adoptarla" al fin ahora de grande suele venir mi vecina con alguna de sus hijas siempre con la más pequeña y bueno el día que falte quedara esto para ellos."



Foto 32 Vilma y Pirucha, en 2020.



Foto 32 B Amigos de Frida

En el curso de esta recopilación tuve acceso a un valioso documento de manos de Miguel Savarino. Este vecino y amigo me hizo llegar un mensaje de su amiga Mariana Majer. Mariana, a su vez, nos cuenta un testimonio de su abuela, quien vacacionaba en el chalet de la familia Hinderlinch, vecinos de Frida (al noreste de la casa de esta última), a través del cual nos introdujimos a esa relación entre las familias.



Foto 33 A y B Chalet Hinderlinch en su estado actual.

Mi bisabuelo Otto Hahn (de los terrenos) trabajaba en AEG. Ahí conoció al marido de Frida, que vivía en Capital sobre avenida Independencia. Por Otto, ellos compraron terrenos en la villa por la década del 40. Como la casa de Independencia era grande, le dieron hospedaje a Onkellan (Juan Manujian), que venía solo de Europa... El matrimonio era muy querido, ayudaban a mucha gente, no tuvieron hijos. A veces Otto y mis abuelos se visitaban, pero empezaron a tomar un poco de distancia porque eran un poco raros, parece que había algo de práctica de espiritismo que a mis abuelos no les gustaba. (Recordemos que en la época eran muy comunes la masonería y su eclecticismo religioso). *Mientras vivían en Capital, se construía la casa de la Villa casi al mismo tiempo que la de los Hinderlich (amigos de mis abuelos). Así es que se juntaban en la Villa... Finaliza la construcción de la casa, el marido de Frida enferma y muere sin poder disfrutarla. Frida vende en Capital y se viene a la villa con Onkellan, dejando en Buenos Aires una gran amistad de unos vecinos que estuvieron con ella en esos tristes momentos. Con el correr de los años, muere Ian, que según mamá debe haber sido oficinista o algo así, porque siempre vestía impecable... Frida, ya mayor, enferma, manda llamar a esa familia de Buenos Aires que la cuida hasta su muerte, pero deja la casa a nombre de*

ellos en gratitud por lo hecho. No eran extranjeros, eran porteños y tenían hijos. La casa, por dentro, tenía hermosos muebles tallados, recuerdo, con caras de cacique que me daban terror... El comedor siempre tenía las persianas cerradas, y se pasaban un poco los rayos de sol y aparecían esas figuras. Cerca de 1953, Hinderlich termina la casa y mis abuelos siguen juntándose con Frida. En enero del 55, mis abuelos programaron solo una quincena ir a la Villa, porque la que escribe… nacía en febrero. Mi abuelo, desde Hinderlich, sale a comprar comida a un hotel que según mamá era de unos húngaros y que daba hospedaje frente a lo de Frida... (Se refiere al Hotel de Balint) *Se siente mal, se cruza a lo de Frida para pedirle un té. Ian lo acompaña adentro, Frida lo recibe y muere en los brazos de ellos...*

También me contó que los "ingleses" Dillon tenían muchos caballos. Es la casa que está saliendo del comedor de Hinderlich, mirando a la derecha, un poco abajo… Cuando venían, en verano, eran ocho o nueve, y andaban a caballo como locos... Al lado de ellos vivían los Weber, que eran de Ballester… La de los ingleses tiene entendido mamá q se la vendieron a dos hermanos, Emilio y Otto, y que le parece que el apellido empieza con M... (se refiere al chalet de piedras que fuera de la familia Maleck).

Cuenta también que, por 1946, fueron mis abuelos y ella en carpa, de vacaciones, y pasó un ciclón que no dejo casi nada en pie... Cuando pasó todo fueron a ver a los "alemanes", pensando lo peor, pero no... La carpa era una especial que le había prestado un amigo alpinista a mi abuelo, "resistente a todo", dice mi mama... Fueron noticia en la Villa, los "alemanes".

La Biblioteca "Villa Cañada del Sauce", de Frida



Foto 34 Restos del edificio donde funcionó la primera Biblioteca (supo ser un almacén de Luis Minerva, y cuyo edificio es de propiedad de la familia Etkin).

La Biblioteca de Frida funcionó en un viejo edificio que había sido almacén y pertenecía a la familia Etkin. En uno de los espacios de la derruida propiedad, aparecía un pequeño cuarto con una mesa de cemento en el medio (otrora mostrador), en la cual se organizaban los estantes que rodeaban todas las paredes con libros y revistas. Llamaban la atención tanto las innumerables revistas Selecciones de Readers Digest, muy viejas, como los tomos, finamente encuadernados con papel biblia, de las obras de Goethe escritas en alemán.

Frida siempre te recibía dispuesta a conversar y sugerir lecturas en su Biblioteca. Algunos tomos recuperados están numerados en su lomo, y tienen el sello “Biblioteca Cañada del Sauce”. Siempre tenía una bolsita de caramelos para los niños. Ya nada queda más que algunas paredes, resistentes por su construcción en piedras, que desafían a recuperar esa utopía de la lectura para todos y todas.

Patricia Marín, emocionada, nos contaba que en su infancia ella residía en la Villa, donde aprendió a leer con “Tante Frida”, como la llamaba.

Hay datos que son llamativos en la historia de Frida. Los actuales propietarios de la casa, la familia Cervetti, cuentan que en la casa había “material quirúrgico”, que especulaban hubiera tenido relación con alguna ocupación de Frida en un barco (¿el Graf Spee?). Pero no habría podido ser, porque Frida no era personal de las fuerzas armadas, y aquel era un buque de guerra.

En el libro escrito por Élida “Bebi” Romero, quien fuera maestra de la Villa, se señala que Juan Manujián fue el primer enfermero y gestor de la construcción del actual puesto sanitario, conjuntamente con Venancio Acosta y otros serranos. Esto explicaría la presencia de ese material médico en casa de Frida.

Su relación con el “Tío”, como le decía a Juan Manujián, amigo del fallecido marido de Frida, hoy podríamos decir que era una manera elegante de ocultar un amor prohibido para la época. El tío Juan (Onkellan) talló un corazón en una piedra de grandes dimensiones que aún adorna el patio de la gran casa, quizás inmortalizando, en el arte rupestre, lo que no podía decirse.

Manujián es un apellido de origen armenio; los herederos de la casa se preguntan si era real o ficticio. En este caso, el hecho de que adoptara un apellido de otra nacionalidad, en el país de refugio, da a pensar que Juan tuviera algo que ocultar.

Los vecinos pioneros de Villa Cañada del Sauce denominaron a la calle del Puesto Sanitario “Avenida Juan Manujián”, como una grandilocuente manera de agradecer la labor de su primer enfermero. ¿Será que la única “avenida” de la Villa tiene un nombre ficticio? Aun así, el homenaje no se desvaloriza.

Pirucha —hija del corazón de Frida y heredera de su propiedad— nos contaba que ella sabía que Frida iba muy seguido a Buenos Aires, donde visitaba el puerto. ¿Una inmigrante alemana, residente en un perdido lugar de las sierras cordobesas? Podría ser por nostalgias de recordar su tierra, más allá del océano. Pero también podría ser que Frida esperara allí a los refugiados con el fin de guiarlos hacia la hermosa Calamuhita, donde había una importante población de su mismo origen. ¿Podía ser que tras esa mujer tan simple, pero cultísima y espiritual, se escondiera un “contacto”? Tal vez sí, tal vez no. Siempre será parte de ese misterio de la posguerra en América.

Entre los personajes que generaron múltiples relatos ficcionales, propios de un guión cinematográfico, se destaca el “conde Mashker”.

Alberto Adolfo Mashker: conde de Mashker y barón de Link

La historia sobre la presencia de este conde en Villa Cañada del Sauce estará siempre rodeada de las leyendas que se fueron tejiendo a su alrededor.

Una vez más, me basaré en el relato de Vilma Molina de Pardo —mi madre—, quien recuerda y alimenta la visión subjetivada en mi familia sobre esta historia tan particular. No es, por supuesto, la única versión, ni pretende ser una descripción histórica académica de la vida del conde Alberto Adolfo Mashker.

La casa del conde se situaba en el campo que hoy es propiedad de la familia de Miguel y Alicia Savarino, quienes construyeron, en su parque, la Capilla de la Sagrada Familia.

Veamos el relato de Vilma, mechado con algunas intervenciones mías.

> *Una vez vamos con los dos mayores míos; Carlitos y Marcelo; Elisa esposa de Venancio, nos dice que Venancio tiene tanto trabajo que rechaza muchos ya que tiene una obra gigantesca; cual? miren ha venido un conde alemán y eligió un lugar alejado para edificar, tan alejado que hubo que dinamitar los cerros para trazar caminos, la casa no es grande pero si bella ,le da mucha importancia al parque; contrató gente de Berrotarán y eligió especies arbóreas; mi viejo, coordina todo; quién sino el seria capaz??*
>
> *Quieren ir a conocer? Nos recibirá? yendo Venancio no pondrá reparos; lo aprecia y lo admira; salimos en un Jeep guerrero que Venancio había comprado para ese trabajo. Salimos entre cantos y gritos exagerados de los chicos ante cualquier salto; al llegar a la entrada, unos metros antes, Venancio se detiene y dirigiéndose a los 4 chicos dice con su suavidad proverbial;;!!!!! Se callan carajo!! El que grite o haga lío; lo bajo; de las pestañas oyeron?*
>
> *Llegamos con el Jeep casi en punto muerto; a una amplia entrada casi de forma circular ; colmada de flores, claveles silvestres (de menor tamaño) clavelinas, malvones de todos los colores, que se puedan imaginar; margaritas dobles etc. y vi una galería; cubierta de tejas y allí, como custodios estaba de un lado la típica retama amarilla de flores y del otro ese arbusto de hojas oscuras; que siempre hace pareja con la dorada retama; olvide decir que más o menos unas 10 cuadras unos 100 metros el cerco era de crataegus rojos y del otro lado amarillos; simulaban; ser un dulce fruto; en el jardín de malvones que describí antes; se notaba una manguera derramando aun agua (alguien estuvo regando) al momento sale una mujer común; no muy alta de no ser por su forma de hablar (denotaba ser culta) no parecía ser esposa de un conde, tanto, que la nena de Elisa; pregunto en vos baja y;;;;;la capa? pensaría seguro en los cuentos ;;; se ligó un lindo pellizcón. La mujer hizo como que no vio; les pido disculpas!! Por la demora! Es que mi esposo no quiere verme con ruleros y corrí a sacármelos; jajaja!!!*
>
> *En eso veo un caballo altísimo blanco con un jinete ese si;;; salido de un libro;;; de un salto bajó (nunca. nunca olvidaré su aspecto)saco negro con moñito suelto al cuello como si hubiese tenido un moño y se deshizo en la carrera; botas altas hasta la rodilla completaba el atuendo con bridge blancos estaba prolijamente peinado sus ojos eran de un azul notable y antes de saludarnos dijo solo. Hola bienvenidos!!! Y se agacho con sus 1.90 para alzar a Marcelito (Mi hijo menor en ese momento); que jugaba con el agua que seguía saliendo de la manguera!!!!! Como estas? Mi celtíbero? Que bello eres; si yo tengo un día un niño será como tu rubio como los celtas y de ojos oscuros como los íberos;;; se volvió a su mujer ¿no María??? Tu eres descendiente de españoles.*
>
> *Así fue como conocí al personaje más valioso; extraño; y agradable de ese lugar; luego nos dio la mano de uno en uno y nos invitó a pasar. Serviles algo fresco Mary yo voy con Venancio a ver dónde quiero que me edifique las conejeras. Quería poner una cabaña de conejos de angora; pero tuvo tanta mala| suerte que a los pocos años hizo su irrupción la fibra sintética, fracasando rotundamente esa empresa.*
>
> *Entrevimos unos dormitorios con colchas de piel. Debo decir que la gaseosa fue servida en vasos con bode dorado. Elisa y yo sufrimos que los chicos no rompieran nada; volvió el conde con Venancio y partimos por el camino de regreso.*

(….) Para las vacaciones de julio volvimos a la Villa. Elisa estaba feliz, organizaba una cena en un periquete; asado por lo común, hecho por Venancio en un santiamén; recuerdo le pasaba el chimichurri con una rama de romero; nosotros ya veníamos pertrechados con bebidas y ensalada de frutas desde Berrotarán ya que no había donde comprar. Le sacamos el tema de Frida y él, extrañadísimo de las costumbres de otras culturas; nos contaba que había ido con ella a comprar proveeduría a Berrotarán, en eso ven en una mesa del Hotel Co-Ra-So" al Dr. Alberto Adolfo Mashker que así se llamaba el conde. Éste lo llama a Venancio para invitarlo con un cafecito, Venancio se da vuelta y dice ¡!vamos Frida salude a su compatriota ¡!!! ella niega con la cabeza" y al acercarse Venancio, le dice murmurando: No, no se puede, soy plebeya. Pero estamos en argentina;!!!! …además los dos viven en la "Villa Cañada". Nooo por favor vaya nomas Ud. yo espero.

Esa era la mentalidad de esa época, aun si acá ya transitábamos el año 1970, pero en la mente de Frida; todo era igual que 100 años atrás.

Vilma continúa relatando..

Pasaron los meses a mi vuelta quería saber cómo estaba y disfrutar de su sabiduría (si quería) fui con Carlitos el mayor de los míos.

Quien tendría 11 años, caminamos hasta la "Cabaña Link" abrí la puerta de entrada al parque, entre unos (metros) y empecé a llamarlo "Dr. MASHKER" noté; la desprolijidad de los cercos; como también del jardín; salió a encontrarme con una amplia sonrisa, trajo sillas al semicírculo de la entrada, con césped y hablamos de bueyes perdidos; cuando hice ademan de irme; me lo impidió; quédense un ratito más. mire Vilma yo, si bien estoy desilusionado del entorno, creí que salvo Venancio, los demás habitantes de esta tierra; eran duros como las piedras que los rodean pero tratando con Ud. he cambiado de parecer venga; me hace bien!!! ah un día tráigame también al celtibero.

Tantas veces le di a entender que quería saber de su pasado y él espontáneamente comenzó volviendo a sentarse. Mire yo nací en 1907 en Moscú, en ese momento el reino de Bavaria o Baviera tenia embajada en Moscú (de todas maneras Baviera es Alemania ahora) dicen que cuando Nací sonaron 24 cañonazos en la embajada alemana; la Baronesa de Link (mi madre) estaba bien y yo era un robusto varoncito; que ironía no? Donde vine a parar. Bueno ¿ Ud. eligio no? Si!!era mi destino. Haciendo referencia a su exilio de la Alemania Nazi, perseguido por su condición de noble

(…)Los compatriotas viajaban a America (Argentina). El conde puso varios restaurentes en España, donde asistía la gente con poder adquisitivo. En Argentina fue amigo del Gral- Perón y su esposa. Frida me regaló algunas revistas que guardaba como recuerdo.

Recuerdo que mi madre, Vilma, me mostrara esa vieja revista con fotos en blanco y negro donde aparecía la imagen de Perón y Evita, en un restorán de Buenos Aires, junto al doctor Mashker, dueño del local, parado al lado de la mesa.

La llegada a la Argentina de los alemanes fugados de la guerra no es ninguna novedad. Como tampoco lo son los vínculos del peronismo con el Eje nazi-fascista, posicionamiento geopolítico con el que pudo sostener su política de independencia respecto de los Estados Unidos. Lo que sí llama la atención es cómo, o por qué, confluyeron en Cañada del Sauce —una villa apenas en formación, que albergó tanto a refugiados que huían de la Europa devastada como a excombatientes (filonazis), o al doctor Mashker, fugado y perseguido por el régimen—. De hecho, algunos vecinos alemanes de la Villa no lo querían mucho. Una de las hipótesis que surge es un posible vínculo con contactos que los traían informándoles las ventajas de la Villa y la comunidad en formación.

Mashker, como muchos alemanes —nobles o no— vino a la Argentina aprovechando las facilidades que la coyuntura político-peronista les facilitaba. Aquí puso un restorán muy lujoso, frecuentado por estancieros y políticos de dinero. Más tarde, el conde instaló una casa de importaciones. Era este un buen negocio, ya que la nobleza europea vendía lo que podía para venir a América, mientras que acá los ricos estancieros aprovechaban para lucir un poco de brillo, comprando lo que estuviera a su alcance.

Esta historia —propia de un guión cinematográfico, y alimentada por la subjetividad de un relato cargado de sentimiento— pone en evidencia no solo los mitos y fantasmas que alimentaron estos personajes creados en torno a ciertos primeros vecinos de la Villa, sino que hablan, también, de esa condición fantástica que portaban quienes, al decir de Elvira Narvaja, huían de sus propios demonios.

En honor a la verdad, hoy podemos asegurar que este mítico personaje nada tuvo que ver con la SS nazi, tal como lo aseveró alguna leyenda local, sino todo lo contrario. Al igual que la característica calle en cruz del hotel, bordeada de cipreses piramidales, que según aseguraban algunos era parte de la representación de una esvástica, fantasía desmentida primero por Marina Etkin y luego por la actual tecnología de fotografía satelital, que demuestra que el diseño nada tiene que ver con la leyenda, mucho más si pensamos que los refugiados alemanes no debían tener ningún interés en que alguien pudiera identificar, desde el aire, la presencia de una comunidad, y que la familia Etkin, de origen ruso-ucraniano, nada en común tenía con la ideología del Tercer Reich[vi].

Don Julio Leuthold

Es política de la actual gestión comunal propiciar espacios para la memoria, tales como homenajes a residentes.

En la Villa existen tres hermosos miradores: el “Venancio Acosta”, el “Julio Leuthold" y el más reciente, llamado “Elpidio Acosta”. Los hermanos Acosta fueron conocidos constructores locales, además de la influencia que Venancio tuvo sobre la Villa primitiva. El mirador “Julio Leuthold”, ubicado en el camino hacia el “Barrio de los Alemanes” recuerda a este suizo-alemán nacido en la Argentina. Recientemente se impuso el nombre de “Martín Ordóñez” al escenario del Club, gesto que recuerda a Martín no solo en su condición de constructor, sino también como cantautor.

El emblemático Julio Leuthol también es mencionado por M. Majer en el relato de su abuela:

Con respecto a Julio, la señora Jordán, nacida en Suiza, llego de muy jovencita con su marido y Julio chico a la Villa (padrastro). Jordán se hizo un galpón/taller y se dedicó a trabajos de mantenimiento en la Villa...

Doña Catalina Jordán solía tener un burrito llamado Peter, en el que montaba para visitar amigos de otras casas, o para hacer las compras en el almacén de Venancio. La primera esposa de Julio, una alemana

llamada Leontina Maher, recientemente nos contaba que con su suegra iban a visitar a doña Josefa y a la familia Narvaja.



Foto 34 Susana y Nora Durich montadas en Peter, en la terraza del chalet de Josefa Lozano, su abuela.



Fotos 35 A y B Casa de doña Catalina Jordán y Julio Lehutold, y las antenas que aún quedan en la casa.

Julio tenía un vehículo, tipo combi, que hacía el servicio de transporte entre Berrotarán y la Villa. Un vecino muy querido, pese a la hosquedad germana de su carácter. El "ómnibus de Julio", como lo llamábamos, nunca se atrasaba, independientemente de que tuviera o no pasajeros en la Villa de aquella época.

Julio poseía una importantísima estación de radio en su casa, de la que hoy quedan sus antenas como testigos de aquella única manera de comunicarnos con el pueblo, o con el mundo. En la Villa, la leyenda cuenta que Julio captó el pedido de SOS del Crucero General Belgrano, en la Guerra de Malvinas. Este suizo alemán radioaficionado y marino mercante debía ausentarse por meses, según cuenta Leontina, primera esposa y madre de su hija Karin.

Entrevistando a Leontina pudimos recrear las relaciones con algunos de sus vecinos, connacionales o no, a pesar de que ella no vivió muchos años en la Villa, porque ella se separaría tempranamente de Julio.

Otros vecinos con los que trabó una fuerte amistad fueron los Drewsen, dinamarqueses propietarios de un hermoso chalet. Cuenta “Tina” Maher que uno de los hijos Drewsen llegó a ser músico en el Teatro Colón de Buenos Aires.

Ibamos a buscar fruta a lo de la señora Narvaja para hacer pelones, los disecábamos en una malla metálica. También estaba un matrimonio sin hijos —como muchos de ellos—, el de don Máximo Kunts, que tenía frutales y también vendía frutas disecadas.

Había otro matrimonio sin hijos y que vivía lejos, en un lugar llamado “la cascada”, o algo así. Ella, a la tarde, siempre tenía masas y tortas de confitería para quienes iban a tomar el té. (Se refiere a Mini Tchan).

Lo hasta acá escrito intenta poner en tensiòn la/las razón/es de por qué estos alemanes llegaron a Villa Cañada del Sauce, y no a otro lugar cercano… Igual, ésta será siempre una especulación intrigante.

Otros europeos de los que poco sabemos son los recién mencionados Drewsen, dinamarqueses de origen, y doña Marta y Maximo Füntze, presentes en el relato de Leontina.

Los Füntze (alemanes también) tenían el hermoso chalet frente a la escuela, con una amplia quinta con frutales. Doña Marta tenía la particularidad de invitarte, en su medio castellano, a sentarte sobre la tapa del pozo de agua, porque era más fresco en el verano: “Chenta culito”, decía. Situación que se tornaba graciosa para los visitantes citadinos.



Foto 36 Chalet Drewsen.

El bello chalet Drewsen es una de las casas emblemáticas de lo que antiguamente llamábamos el Barrio de los Alemanes. Actualmente es propiedad de la familia de Daniel Clement, por lo que algunos lo conocen como “el chalet del francés”.

En lo personal, recuerdo de chico que íbamos a caminar para el Barrio de los Alemanes (hoy Barrio Norte). La casa siempre relució como ahora, impecable, solo que adelante tenía una galería con ventanas, tipo banderolas, y los Drewsen era una pareja de simpáticos europeos.

Muchos años después llegó a la Villa un vecino especial, de origen esloveno, pero con familiares alemanes: Peter Vasl. Antes de convertirse en un residente permanente vino como turista, durante los veranos de la Villa, hasta que en 1973 terminaría levantando su casa, en un proyecto de construcción abandonado que se conocía como “La Panadería”.

Peter Vasl, el esloveno, fue, en su condición de ex combatiente de la Segunda Gran Guerra, un excelente informante tardío sobre los sucesos de aquella conflagración. A diferencia del resto, era muy afecto a contar y responder todas las preguntas.

Peter, como se dijo, llegó a la Villa en condición de turista. Hijo de una eslovena y de un oficial de alto rango del Tercer Reich en la invasión a su país, fue incorporado al ejército con solo 14 años y junto a su hermano, quien se incorporara a las fuerzas del general Tito. Destinos no elegidos para una familia intercultural que transgredió los códigos de entonces, sufriendo persecuciones políticas de ambos bandos. Peter llegó a la Argentina junto a su padre luego de estar en varios campos de concentración aliados: él como soldado raso, y su padre como oficial de alto rango. En las tardes, o mirando al río o junto a su hermoso hogar encendido, charlábamos de esas épocas. Conversaciones que yo, por juventud y desconocimiento, no aproveché en profundidad. Quizá repitiendo la historia de sus padres, Peter se casaría con una simpática criolla, “La Negra”, en la que fue su inolvidable historia de amor. Lo cierto es que, en su adultez, llegó a ser un referente para los turistas residentes, permanentes o temporarios, por su honradez, su bonhomía y su conocimiento.

Un grupo de pioneros militantes e intelectuales pertenecientes a la Izquierda Nacional

Como mencionamos más arriba, uno de los colectivos más significantes en esta Villa turística en formación, fueron los amigos de Aurelio Narvaja, quien adquiriera tempranamente sus lotes por los vínculos con Carlos Etkin (conocido intelectual de extracción política de izquierda)[vii]. Aurelio Narvaja conformó junto a este grupo un movimiento filosófico político de gran vuelo intelectual, conocido como la "Izquierda Nacional Argentina". Formaron, a su vez, la agrupación política "Frente Obrero", en la que algunos brillaron con su participación en la escena nacional, mientras que otros, contrariamente a su nivel de pensamiento, conservaron un perfil bajísimo, incluso firmando sus artículos con distintos seudónimos, como fue el caso de Aurelio Narvaja, Carlos Etkin y otros. Quizás el más conocido por su participación política haya sido Abelardo Ramos[viii], quien llegó a ser candidato a presidente por el FIT, hasta tener una fuerte participación en la época del menemismo, ocupando la embajada en México.

Entre sus miembros, vinieron a la Villa y construyeron sus casas los Narvaja, Terzaga, Rivera, Silvester, Perelman, etcétera. Este grupo es citado por el historiador argentino Norberto Galasso, en *Aportes críticos a la historia de la izquierda argentina.*

Si bien estos grupos residían solo en temporada de verano, es de imaginar las tertulias de alto vuelo en el debate de ideas que se generarían bajo alguna buena sombra de Cañada del Sauce. Tenemos algunos relatos de las reuniones en el patio de la casa de Aurelio Narvaja, que así lo testimonian.

Pioneros visionarios

Esta condición que caracterizó a los primeros que llegaron a conformar la comunidad de turistas residentes, permanentes y temporarios, se expresó en acciones, obras y proyectos que a la distancia parecen quijotadas extemporáneas.

Así, corresponde señalar los vados, caminos, la represa del arroyo El Nogal, que hoy llamamos El Diquecito, con la expectativa de proveer de luz al hotel construido en la década del 40, sin contar aún con los cálculos, de los que hoy disponemos, respecto de la capacidad de embalsar o no el agua de cualquier paredón. Lógicamente, con los años hubo de derrumbarse una importante porción, daño que fuera restaurado en 2021, durante la actual gestión de gobierno. Toda esa infraestructura en función de un proyecto turístico enmarcado en el modelo denominado “turismo social” o “de masas”.

Desde lo simbólico también se generaron proyectos que apuntaban a la construcción de lo colectivo con sentido de comunidad. Durante la investigación que iniciamos, nos llegó de manos de Fátima Acosta un valiosísimo documento que habla de la constitución de una cooperativa local. Aún hoy esto sigue siendo un sueño ansiado, aunque ellos lo avizoraran ya en el año 1952.

CONVECINO:

PARA: SRA - FATY ACOSTA - ARCHIVO NUEVA LEUTHOCY

Nos dirigimos a Vd. que vive en los más apartados lugares de las sierras, desde el Cerro Aspero hasta Cañada del Sauce, a los vecinos del Manzano, del Rodeo de las Vacas, de la Loma Larga, de Luti, de Tala-Cruz, del Cerro Colorado, de Carahuasi y demás zonas vecinas, por lo siguiente:

—Vd. que tiene vacas, cabras y otros animales, ¿no quisiera que por los cueros, cerda y otros productos se le pagara los mejores precios?

Vd. que tiene ovejas, ¿no quisiera que por la lana se le asegurara los mejores precios de la temporada, a pesar que tuviera necesidad de venderla antes?

—Vd que tiene minerales en su propiedad y no puede explotarlos o si los explota no tiene cómo llevar los productos, ¿no quisiera que se le otorguen préstamos o se le compre los minerales en su propia casa, o en un lugar cercano?

—Vd. que vive lejos del camino de rodados, que solamente tiene que viajar a caballo a cualquier población cercana donde están los negocios, los médicos, la farmacia, ¿no quisiera tener un camino donde poder transitar en sulky, carro, camión o auto?

—Vd. que tiene hijos que después de aprender a leer y escribir no saben hacer más que de boyeros, ¿no quisiera enseñarles un oficio?

—Vd. que es madre que tiene que vestir pobremente a sus hijos, ¿no quisiera conseguir la ropa a bajo precio?

Indudablemente Vd. quisiera ésto y muchas otras cosas más que necesita el vecindario.

¿COMO CONSEGUIRLO?

Hay una forma, y es formando una COOPERATIVA.

Formaremos una Cooperativa de consumo, de producción, de compra e industrialización de minerales, de transportes, una Cooperativa que propicie la construcción de una escuelita de artes y oficios, que construyan caminos vecinales, salas de primeros auxilios, etc., etc.

UNIDOS TENDREMOS LA FUERZA NECESARIA PARA OBTENER LA SOLUCION A TODOS ESTOS PROBLEMAS, SEPARADOS, SEGUIRA TODA ESTA ZONA COMO HACE 50 AÑOS.

Por todas estas razones, el grupo de vecinos que al final se nombra, invita a TODOS, hombres, mujeres y jóvenes, a la gran reunión que se celebrará el 20 de diciembre en VILLA CAÑADA DEL SAUCE, a las 10 horas, para nombrar una Comisión Provisoria de la Cooperativa de Calamuchita.

¡NO FALTE! ¡ES DE INTERES PARA TODOS! VENGA CON SU SEÑORA Y SUS HIJOS MAYORES DE 18 AÑOS.

¡HAY QUE FORMAR LA COOPERATIVA!

COMISION pro Asamblea para la Constitución de la Cooperativa de Calamuchita:

Venancio Acosta, Marcelino López, Florián García, Andrés Balint, Jacinto Roldán, Adolfo Ledesma, Martín Ordoñez, Pantaleón Clavijo, Ceferino Tapia, Rafael Alvarez, Alejandro Cabral, Luis Minerva y Juan Carlos Rodríguez.

NOTA: Lleve esta invitación a todos los vecinos ¡que nadie deje de estar enterado.

(año 1952)

Foto 37 Invitaciòn a los vecinos para formar la Cooperativa (1952)

Población actual: la "serranidad"

Hablar hoy del concepto de "serranidad" puede parecer una entelequia, ya que casi no quedan serranos "puros", sino mixturas, como ocurre con casi cualquier grupo cultural. Al decir de la doctora Elvira Narvaja, hoy no existen serranos "puros", sino más bien una especie de autopercepción por parte de quienes se denominan a sí mismos de esta forma como un modo de distinguirse de los demás. Pero esta es siempre una subjetividad que imposibilita definir las presuntas condiciones específicas de los serranos como tales, con miras a establecer una categoría cultural. Quizá quienes más se asemejen a aquellos tradicionales paisanos son los que hoy están trabajando en la Villa provenientes de Tala Cruz o del Cerro Colorado, parajes rurales más alejados del contacto con otros grupos socio-culturales.

Un personaje serrano de pura cepa: don Bailón Jaimez

Cuando inicié el camino de búsqueda de personajes y anécdotas de la Villa, me dijeron que yo tenía que conocer la casa de don Bailón. Un verdadero personaje serrano, conocido como el "Compadre Bailón", al punto que yo imaginé que ese sería su apellido. En realidad se trata de Bailón Jaimez; otro nombre llamativo de estos pagos, tanto como los de don Alfinger Maldonado, Nikandro, Edubín, Restituta, Beltra, Magín, etcétera, sobre algunos de los cuales nos referiremos más adelante.

En una caminata de tarde, pasando por la casa del campo de Soñora, donde hoy vive Juan Manuel Acosta, es común ver los numerosos rebaños de cabras y ovejas, tan pintorescas como coloridas, que empiezan a volver lentamente al caer el sol bajo la atenta mirada de Juan Manuel, quien es capaz de darse cuenta enseguida si falta alguna, para organizar la búsqueda inmediata antes de que venga la noche.

En esa casa funcionaba uno de los primeros almacenes en la zona de la incipiente Villa, perteneciente a la familia Roldán. Para llegar al almacén hay que entrar al campo, ya que no se encuentra sobre el camino de ingreso.

Una típica leyenda rural cuenta que hubo un hecho de sangre en una habitual pelea de boliche serrano, la cual habría acabado con la vida de un hombre, cuyo cadáver fuera dejado con el dedo apretado en la puerta del almacén, donde lo encontraron al otro día. Tal vez creyeran que de este modo los demás pensarían que la causa de muerte fue la puerta, lo cual nos habla de la imaginación del relato rural, que raya entre el ridículo cómico y el relato fantástico. Como sea, pasando por el ex almacén hacia el río se llega a lo que queda de la casa de don Bailón Jaimez, un viejo sabio que nunca fue a la escuela pero que gozaba de gran prestigio en la comunidad, como quedó evidenciado en el hecho de que fuera elegido como padrino de bautismo de muchos niños de entonces. Su afamada religiosidad puede apreciarse en la tapera, en una especie de nicho en la pared del ambiente principal, que sin dudas servía para exponer una imagen de importante tamaño, como un altar familiar. Esta condición hizo que el cura párroco de La Cruz lo autorizara para bautizar a los niños de la Villa. Cuenta Enrique Acosta que Bailón seguía el rito de recoger agua del

arroyo lindante a la casa después de la fiesta de San Juan y San Pedro, siempre antes de las 6 de la mañana, para luego usarla en los bautizos como agua bendita.

Entre otros actuales habitantes de la Villa, Chiche Acosta, el Negro y Dardo Oviedo fueron ahijados de don Bailón, quién de esta manera se ganó el mote de “Compadre” Bailón.



Foto 38 Don Bailón Jaimez (foto aportada por Juan M. Acosta)

Del rancho ya solo quedan algunos vestigios, como la puerta doble y unos escalones de piedra que debieron ser una prolija entrada al ambiente principal de la vivienda, hoy casi tapada por el monte. También resiste la mencionada pared del ambiente principal, con su espacio para colocar una imagen de bulto.



Foto 39 A



Foto 39 B Estado actual de lo que fue el rancho de don Bailón.

Cuenta Fátima Acosta:

De los recuerdos más lindos que tengo de mi infancia, están las visitas que le hacíamos a don Bailón y su señora. Mi papá (Venancio) nos llevaba en el camión "guerrero" a Mori y a mí. Nos recibían con mate de leche y "pururú" hecho en grasa de chancho, en el patio siempre barridito de doña María Lucrecia, rodeado de tarros con geranios de todos colores.

Otros testimonios aseguran que don Bailón era casi un ermitaño, soltero, y que doña María Lucrecia sería la primera maestra de la Villa, su cuñada.

Un pueblo rural que se convierte, cada vez más, en una villa turística

Hoy la Villa cuenta con más de doscientas viviendas, segundas residencias y/o viviendas de alquiler, experimentando un inusual crecimiento de la construcción. La población se conforma por residentes estables, temporarios y turistas de paso. Entre los estables se diferencian, claramente, los que provienen de culturas urbanas y que se afincaron en la Villa luego de venir durante toda la vida como residentes temporarios (hoy llamados "migrantes por amenidad"), y los "serranos", descendientes de las familias originarias, identificados o autopercibidos como "cultura rural".

Esta configuración heterogénea constituye una idiosincrasia multicultural de riquísima historia, que imposibilita, por otra parte, tentar una descripción homogénea de la cultura cañadense, así como establecer una fecha fundacional cierta que contenga a todos los sentidos culturales.

Si bien es cierto que el loteo marcó un antes y un después en la conformación poblacional, también lo es que esa subdivisión no se llevó a cabo sobre un "desierto" cultural y social, como referimos más arriba. De por sí, la creación de la escuela habla de una población muy antigua e importante. Lo mismo ocurre con la posterior afluencia de grupos emblemáticos, que determinaron a la Villa como una comunidad con mucha historia, vinculada a fuertes poblaciones originarias, luego a corrientes poblacionales de post guerra y, por último, a agrupaciones vinculadas con los círculos más preclaros de la cultura nacional, con importante cantidad de docentes. Hoy, los veraneantes que arriban a la Villa buscan un lugar tranquilo, con una relación sustentable con la naturaleza y su cuidado.

La vida cotidiana en el campo

La multiculturalidad referida caracterizó las relaciones entre la cultura urbana y la rural, que interactuaban mientras los turistas residían temporariamente. Los serranos tomaron contacto con todo lo "exótico" que aportaban los turistas, quienes a su vez se tomaron de la cultura rural sus técnicas ante la necesidad de adaptarse a un modo de vida para ellos tan diferente como atractivo.

En perspectiva, hoy podemos ver que la vida en el campo serrano no era ni es fácil. Antes de la tecnología actual, había que sobrevivir aislados, lejos del pueblo y de la villa turística. Esto hizo que se desarrollaran saberes importantes, que sirvieron para organizar la supervivencia en la montaña serrana. Los saberes ancestrales eran muy valorados por su utilidad en la Villa, donde se podían vender los productos del campo y alguna que otra artesanía convertida en mercancía de intercambio entre el serrano y el turista.

Uno de tantos elementos que resultaban exóticos a los turistas, comunes en todas las casas, eran las llamadas "fiambreras", especie de cajas de madera con laterales de tela mosquitera que colgaban bajo la sombra de las plantas, y en las que se conservaban los lácteos y carnes fuera del alcance de las moscas. Para quienes disponían de pozo de agua, su fresca temperatura se aprovechaba para conservar los alimentos, inclusive las botellas de bebidas.

Aprovisionarse de agua con baldes, recolectándola en aljibes al cabo de las lluvias y lavando la ropa en las piedras del lecho del río o el arroyo, conformaban la cotidianeidad de turistas y serranos, haciendo la vida tan pintoresca como sacrificada. Cuenta Norma Ordóñez:

Mi mamá tenía una batea y ahí lavaba la ropa siempre a mano. Y con jabón negro, que creo se hacía a partir de poner a hervir semillas.

En los aljibes recolectaban agua de los techos cuando llovía, pero no sé si les daba resultados. Se buscaban baldes a mano, nomás.

Los alimentos se conservaban en el pozo de agua, aprovechando el frio, o en el "ojito de agua".

Mi mamá sabía tener una botella que había sido de anís, impecable, y allí le poníamos el agua fresca para darle a la gente que pedía.

El día terminaba tempranamente, a la luz tenue de una lámpara a querosén o del fantástico "Sol de Noche". Esto, sumado a la heladera a querosén o a gas, o los bombeadores con motor a explosión, hacían que venir de vacaciones a la Villa no fuese para cualquiera.

Un “paseito” por el campo

Cualquier paseo por Tala Cruz no puede hacerse sin visitar la casa de Don Martín Ordóñez, el famoso picapedrero y cantor, constructor de más de diez casas con su sello arqueitectónico particular, y que siempre asombran tratándose de un constructor idóneo como él.



Fot 40 Casa de la Familia Ordoñez

La belleza de estas propiedades desde el sentido estético de sus líneas, no es suficiente para valorar el logro arquitectónico de estas construcciones de más de 70 años. Por esa razón, una vecina —la arquitecta Susana Ramallo— después de una tarde de visita a la casa de Norma, nos explica técnicamente este hermoso edificio.

La casa de Norma Ordóñez

Es una construcción tipo chalet, con un porche en el acceso principal y una galería en el contrafrente, a la que abre la cocina. La planta de las habitaciones de la casa tiene forma de T. En un ángulo de la T se ubica el porche, y adosada al lado mayor, la galería.

En ambos, porche y galería, la discontinuidad de sus muros con los del resto de la costrucción, y sus arcos de medio punto, resaltan su volumetría. Los techos son a dos aguas.

El sistema constructivo es muros de piedra natural, sin labrar, asentados con mortero de cal y cemento, con la cara exterior vista y la interior revocada, y con una moldura de revoque exterior en las aberturas.

El constructor, Martín Ordóñez, ha sabido elegir la cara más plana de cada mampuesto, de tal modo que los muros ofrecen una superficie perfectamente plana. Y en las esquinas, ha elegido piezas que formen perfecto ángulo y arista. Las juntas vistas,de grosor irregular dadas las características de las piedras usadas tal cual fueron extraídas del suelo, son aplanadas a la superficie que forman los mampuestos, sin dejar derrames de mortero ni suciedad en ellos.

Y el detalle de terminación es una buña rehundida que resalta el dibujo irregular de las juntas. Este detalle, y la inclusión de algunas piezas especiales de cuarzo o mármol, se suma a la destreza técnica del constructor, a su intención estética.

Mención aparte merece la ejecución de los arcos de medio punto, ya que ha sabido elegir las piedras que, aun no siendo labradas, tuvieran forma de dovelas, para que garanticen, trabándose entre sí, y con la colocación de la clave (la dovela central) la estabilidad del arco.

Seguramente Martín Ordóñez usó una cimbra para acomodar las piedras dovelas y asentarlas con el mortero, hasta llegar a colocar la clave, y la retiró luego de fraguado el conjunto. Pero tal como fueron elegidas las piezas, el conjunto hubiera resistido sin desplomarse aunque no se hubiera usado mortero de asiento.



Foto 41 A



Foto 41 B Casa Familia ordoñez Vista del ensamble de piedras

En el paseo por lo d los Ordoñez, no puede faltar la charla con mate y tortas fritas en la galería de atrás de la casa. Salvo que, a diferencia de otras veces, en esta ocasión nuestra visita tiene un propósito determinado. Una mesa con mantel de hule, impecable, es el escenario de los mates y las charlas que van y vienen. Una pava calentada en el fogón, permanentemente alimentado a leñas finas, equivale a la hornalla de una cocina tradicional prendida todo el tiempo. Queremos hablar con Pepito —José Bernabé Álvarez—,

el marido de Norma Ordóñez, porque teníamos el dato de que él supo fabricar un onda en cuero, como la usada por los comechingones. Hablar con Pepito no es fácil, lo sabíamos; entre sus pocas palabras y su poca audición, es todo un desafío lograr que nos cuente algo. Pero Norma, que hace de intérprete, conoce la mejor forma de lograr que se explaye a su modo. Encontrar una onda de estilo comechingón, y charlar con el artesano que la hizo, definitivamente no es una cosa que se dé todos los días.

—Sí —dice Pepito—, yo la hice, en cuero de vaca. Lo sobé así, blandito, lo corté y le até los tientos. Acá le pongo la piedra —señala un parche rectangular, sostenido por dos correas de tientos trenzados, con ojales en la punta para poder agarrarlo—. Le meto el dedo acá adentro y revoleo y voy a tirar la piedra, que se larga de un lado… Le tiraba a las ovejas, para hacerlas volver para el otro lado. Les pegaba un grito y volvían. También hice una cabezada para el freno del caballo, con trenzado y un botón para prenderlo —en la cerradura, sobre la cabeza—.

También nos muestran una cabezada en cuero crudo, con un trabajo artístico de excepcional calidad.

—Esa cabezada con riendas trenzadas de ocho tientos se la hizo el Kiko Pereyra para mi mamá —dice Norma—. Ahora la tengo yo. Ese chico ya murió. Supo vivir para el lado de Loma Verde, pero estaba de puestero en lo de Arce —un hombre de Córdoba—. Después, Kiko se fue para su tierra.

—Yo sé hacer trenzado de hasta cinco tientos —agrega Pepe.



Foto 42 Elvira Narvaja, con una de las obras de Pepe.

—¿Así que vos, Normita, naciste en esta casa?

—Sí, en la pieza. Mi madrina Juana y mi abuelita Ignacia, la mamá de mi mamá, que vivía acá a la vuelta, ellas eran las parteras. Les decían las “madamas”, acá, a las parteras.

Normita sigue contando que a su papá, don Martín Ordóñez, le gustaba cantar.

—Él hacía los versos. Hizo “Los pajaritos del bosque”, y “Las campanas del Rosario”. ¿Pero vos sabés que no me acuerdo qué decían? Sí sé que “Los pajaritos…” hablaba del Quillinzo, de las aves que dejaban el nido por que los hacheros destruían el monte.

Las pircas

—¿Vos no sabías pilcar? —le pregunta Norma a Pepito.

—No, yo no. No me salía. A mi mamá sí. El que sabía era mi hermano, Nene Ordóñez: él le ayudaba a mi papá. Supo trabajar con Juancito Vélez, y no sé si con Alfredo Fernández, también.

—¿Pero cuánto demoraban? —pregunta Norma.

Pepe dice que, con mucha piedra, podían avanzar cien metros en dos días.

Normita cuenta cómo transportaron las piedras para construir esta casa.

—Las traían así, por delante en el caballo, o ponían dos cajones en el anca, y ahí cargábamos las piedras. Yo con la Cledi —su hermana menor— ensillábamos un caballito oscuro. *Porái* se empacaba el caballo y no había poder de Dios de hacerlo salir a la calle. Yo ponía una piedra acá adelante, y la Cledi en anca con otra piedrita. Y poníamos en maletas también, ¿viste? Así como llevábamos el pan, poníamos las piedras en las maletas. De a cuatro o cinco piedras, para cuidar al caballito. Mi papá no sé si habrá traído alguna vez en rastra de palos. Era como una horqueta que vos le ponías palitos atravesados y ahí cargaban la piedra. Pero no sé si mi papá lo ha hecho a eso.

—Las mulas o los caballitos iban derecho —agrega Pepe—. Se traían de por acá, del Cerro Blanco, pero acá no son buenas, porque son muy arenosas.

—Mi papá trajo piedras especiales para construir la casa.

—¿Las cortaba?

—Él conocía esta y la otra —responde Norma—. Cuando cargaba, ya sabía dónde iba la piedra. Nosotras, que no sabíamos trabajar, las dábamos vuelta para acá o para allá. No sabíamos. Mi papá era genial, y él enseñó mucho en la Villa. A Venancio, a Elpidio. Yo no sé si al *finao* Alejandro Rosales le enseñó también. Debe haber sido uno de los alumnos de mi papá. Le encantaba cómo trabajaba.

—¿Qué oficios se han perdido además de las pircas y el telar?

Norma contesta:

—La cuestión de arar. Acá se araba con dos animales que tiraban el arado mancera, pero eso está todo perdido. Se aprovechaban los llanos y se sembraba maíz nomás, tanto para los animales o para uno, en la época de los choclos. Después vos hacías maíz molido, para la mazamorra. Se molía en un mortero de palo de madera. Pero la mami sabía usar los morteros de los indios, hincada en el arroyo. Es tan rica la mazamorra casera con maíz molido en las casas…

Sigue narrando Normita:

—Huerta había poco. Verdura, como lechuga y acelga, se sembraba. Todavía algo se hace ahora. Sabía haber tomate y sandía en las chacras, junto con el maíz. De fruta había durazno y esas cosas, pero se secaron y las que no, las volteó el viento. Se hacían dulces, pelones, arrope, que se hacía de higo o de tuna. ¡Qué cosa rica!

Almorzar en el campo

Después de andar despacio por el sinuoso camino que lleva a Tala Cruz, se llega al campo de los Ordóñez siguiendo un cartel escrito a mano, en un cruce que dice “Familia Ordóñez”, con una flecha indicando el sentido. Luego de atravesar la tranquera se llega a una calle muy angosta, bordeada de antiquísimos eucaliptus: irresistible paisaje para cualquier objetivo fotográfico. Al terminar la calle, y el siempre caudaloso arroyo Tala Cruz con sus cascadas sobre las piedras, ya se observa el bello chalet. Normita y Pepe, siempre prestos a dar la bienvenida, se alegran sinceramente con la sorpresa. No hay celular para avisar con antelación.

El motivo de la visita no tiene importancia para ellos; tanto da que sea para ver cómo están en el crudo invierno serrano, o por una entrevista para ellos extraña, aunque invalorable para nosotros a la hora de conseguir los relatos que nos llevan allí.

Recorrer las historias del campo, los saberes y bondades de los serranos de una vida ancestral, pero que no deja de ser presente, hacen que la mañana entre mates dulces con yuyos pase muy rápido.

¡Ya llaman para el almuerzo! La antigua mesa de la galería trasera, protegida por dos arcadas a la salida de la cocina, sirve de escenario casi salido de una pintura de Molina Campos, pero con olores sabrosos. Los bancos largos al lado de la mesa se completan con dos sillas plásticas para los comensales que quedan sin lugar. Aparece la fuente con empanadas recién fritas en la olla de hierro, con el fuego del fogón de la cocina eternamente encendido.

Las empanadas dulces que hace Norma son insuperables, ya que llevan un saber ancestral imposible de reproducir.

—Norma, tus empanadas son las mejores. ¿Cómo las preparás? —le preguntamos con el temor de estar pidiendo que revele un tesoro escondido. Pero ella responde con naturalidad: “Como todo el mundo, son re fáciles”.

Explica Normita:

—Primero mezclo la carne con la cebolla, si no, cuando vos freís la cebolla la carne ya no tiene ese sabor. La mezclo toda condimentada: tomillo, pimienta, especies… Mirá: le pongo de todo, menos orégano y perejil. Ya te digo, les pongo pimentón, especias, pimienta… Nada más. Bueno, después la pongo a cocinar bien cocida. Que esté bien cocidita, con todo, con todo. Después ya la enharino. Cuando vos ves que ya está todo junto, que da vueltas todo junto, ya está. Las pasas de uvas las pongo antes de la harina. Cuando ya va a estar, le pongo las pasas de uva. Y el azúcar va antes de echarle la harina: que se cocine la carne con él azúcar. Tenés que echarle un poquito de agua. Le ponés un poquito de grasa, para que a la carne la fritás con cebolla, con todo, ¿viste? Yo uso grasa, siempre. Esta ha sido de vaca, porque no tengo la de cerdo.

La “revelación” se corta con un: “Yo quiero otra empanada”. Y una generosa respuesta: “Vos comé todo lo que quieras”.

Esa es Normita.

El telar

Este tradicional oficio, prácticamente perdido, fue todo un símbolo en las culturas rurales argentinas. La sierra y la Villa no podían ser diferentes.

Quien perdura en la memoria colectiva como tejedora en telar es doña Magdalena Romero, mamá de Norberto Romero. Él nos contaba que su madre hacía colchas y caronillas teñidas con yuyos. Dice Norberto que, de niño, Magdalena lo mandaba a juntar unas flores amarillas que tienen espinas, de las cuales sacaban tinturas naturales para las lanas. Sus manos pinchadas por los yuyos fueron uno de los motivos por los cuales él no quiso seguir con el oficio. Hay vecinos que conservan trabajos realizados por doña Magdalena.

—Mi mamá no se sabía hacer respetar con los precios —dice Norberto—. Cobraba muy barato para tanto trabajo.

Pepito Álvarez nos cuenta que también él sabía tejer en el telar, aunque ya no se acuerda mucho. A diferencia de “la Pancha”, una hermana que, según dicen, tiene el telar de patio armado. Cuenta que la lana era hilada a mano, pero compraban tinturas. Normita cree que hay vecinas que sabían tejer, pero que ya ninguna conserva su telar.

Don Pantaleón

Entre los personajes dignos de aparecer en una semblanza —como Bailón, Venancio, Frida, etcétera—, se cuenta don Pantaleón Clavijo.

Don Pantaleón fue un serrano muy afable. Por sus habilidades de rabdomante, era convocado siempre que había que buscar una napa de agua cercana a la superficie. Era también un conocedor de las hierbas medicinales autóctonas, que combinaba en el tratamiento de distintas dolencias, aconsejando siempre a quiénes acudían a él por sus ancestrales saberes, incluso para determinar el sexo de los bebés que venían en camino.

Una graciosa anécdota —una más de la interculturalidad que caracteriza al Valle— lo retrata a Don Pantaleón llegando a caballo, como siempre, al almacén de Venancio. Allí, en una mesa del patio, dos turistas hablaban de política nacional. Observando la marca del caballo, "PC", uno de ellos le preguntó con sorna:

—Don Pantaleón, ¿usted es comunista, o la marca es por "Pantaleón Clavijo"?

El gaucho, con su tranquilidad irónica, le respondió:

—No. Es por "Partido Conservador".

Edgar Etkin ("Bamby"), conocido psicólogo vecino, que residía en Buenos Aires, escribió una serie de relatos ficcionalizados a partir de personajes reales de la Villa, que tituló "Cuentos Verdes". Para quienes llegamos a conocer a don Pantaleón Clavijo, uno de esos relatos, "Pantaleón y la víboras (Audiotape)", nos da el privilegio único de volver a escucharlo a través de este texto.

"Yo, salgo a la mañana, miro la hacienda y después recorro los potreros ¿Ve? Adonde haya una rotura, si es alambrado sé más tarde que tengo que ir con poste y llevar herramientas para plantarlo. Ande sea una pirca caída lo mismo yo… En este tiempo es trabajoso cerrar portillos por la víboras. Hay que llevar un pico, ¿vio? Para desparramar bien las piedras para un lado y para el otro. En las pilcas (sic) es seguro de guardarse las víboras. Entonces tiene que ir uno con un pico y piedra por piedra irlas moviendo sabiendo que no esté una víbora debajo de la piedra. Y entonces cuando uno ha descubierto bien todas las piedras y sabe que no hay víboras, recién puede levantar el portillo. Hoy día se hace una parte… Otro día se hace otra parte… Miro un poco los animales, y entonces a lo último nosotros viene a ser que todos los días tenemos atención… Y hay varios cercos, cuando se cae uno… Alguna vez alguno para cortar distancia rompe la pirca, sí, le rompe la pirca. Y después el viejo tonto, como quieran decir, tiene que componer los cercos. No se preocupan. Si ai nomás de la puerta del álamo que tengo allá, si cien metros está la puerta para que pase el público. A veces, con miedo a pircar de nuevo. Y ande hay un portillo que hace varios días que no he visto no hay más caso que llevar el hacha y poner una ramas y algunas piedras porque portillos viejos ya no se pueden arreglar, por las víboras. Ni bien lo ven a uno se hacen rosca y se prepara. Si en vez pasada nomás yo venía de ahí de un vecino donde había comprado una cabra y viene el perro. —¡Salí! ¡Caminá! —el perro se hizo a un lado…

Me arrimo, estaba una víbora arrollada tirando el picotón. ¡Pu!, digo. Yo a esta víbora la voy a tener que matar de algún modo. Me retiro un poco y bajo la cabra ahí y me voy a… Alzo una piedra y le tiro una pedrada… Le pegué un tanto así de la cola, y se iba metiendo debajo de un peñón, y cuando sintió que le pegué se dio vuelta así y echó un líquido amarillo. Ahí nomás llamé a la hija mía que está en Córdoba, que me llevara un poco de kerosén y fósforo y un palo para hacerle fuego alrededor de la piedra donde se metió ella. Y hemos estado un rato juntando guano de vaca seco y lo regamos con kerosén y un fosforo, y esta víbora no salía y no salía, y con el palo listo ahí cuando salga le voy a pegar un palo… Y efectivamente al rato, encaró el fuego, porque yo le dejé una hendijita al fuego para que ella encarara por ahí. Con la llama que le metí debajo de la piedra y el humo portó afuera y ahí nomás la maté. Si la dejo lo puede picar a uno y el colmo es que la peña está bien al lado del camino donde uno pasa todos los días. Era una overa negra cabeza ancha".

Este relato, que en tiempos de conservacionismo ambiental aparece como cruel, no es más que una muestra de las leyes de la naturaleza, que se imponen en cuestiones de sobrevivencia. Este saber ancestral, valiosísimo para el cuidado de uno mismo, se manifiesta cuando se deja hablar a los antiguos. Esos saberes que hacían posible la vida alejada de la urbanidad y el confort, para vivir con y por la naturaleza. Sus leyes siempre rigen la vida, si se la quiere vivir en armonía.

Los hacheros

Así es como se conoce a aquellos trabajadores que llegaron a la Villa en la década del 40, venidos en busca de buena leña para alimentar las caleras de Maero, de Las Caleras de Calamuchita, localidad cercana y con importantes establecimientos de minería a cielo abierto.

Es común, hoy, ver en el monte la triste imagen de grandes troncos de madera negra talados a los cuarenta o sesenta centímetros. Esa leña, comprada a los propietarios de los campos por las empresas mineras, era extraída por aquellos obreros, conocidos en la Villa como "los hacheros".

Un dato interesante es que solo una señora serrana se negó a vender la leña de su campo: Doña María Álvarez. Su valiente actitud hizo que hoy ese campo sea el único con monte autóctono prístino que tenemos en la Villa.

Una de las familias de aquellos trabajadores que supieron arribar a la Villa Cañada del Sauce fueron los Días, procedentes de Santiago del Estero. Eran cuatro hermanos Díaz: Sarco, Tino, Beto y Rey trabajaron acá. De hecho que Tino se quedó hasta avanzada edad, viviendo en la Villa con su esposa Irma y sus hijos. La mayor —Silvia— se casó con don Martín Oviedo y vivió aquí, con su familia, hasta su fallecimiento, no hace mucho. Dice Norma Ordóñez que ellos tenían una casita en el actual campo de Pizarro, cerca del guardaganado, debajo de un molle antiquísimo, del que se calcula que tiene unos trescientos años de antigüedad.

"Sufrían mucho, pobrecitos, los hacheros. Los Díaz eran gente muy especial. Muy buena gente, al menos con nosotros. Pero cuando les tocaba pelear, eran capaces de pelear también. Había unos Acuña, creo que así se llamaban, pero con ellos tuvimos poco trato. Venían con el camión a buscar la leña. Los hermanos Díaz hachaban los molles y los cocos, y el otro venía a cargar. También ese trabajo lo hacía Antonio García, el que vivía en donde vive hoy la Fati Acosta, donde era la casa de Venancio. También fue maestro. Alejandro Benítez y Venancio también hacían ese trabajo. ¡Como hachaban los hacheros, che! Y cómo habrá sufrido esa gente las calores y el invierno cruel. Vivían en un rodeo de pilca.

Los restos de esta vivienda, con ambientes muy pequeños de pirca, aún hoy han sobrevivido bajo la sombra del tricentenario molle, irónico sobreviviente del desmonte, tal vez a causa de haber sido cobijo de una de aquellas familias.

Dado que Norma recuerda que ellos vivían muy humildemente, le preguntamos de qué material sería el techo de esas viviendas.

—Eso… No me acuerdo de qué sería el techo. ¿Habrá tenido lona? ¡Me pongo a pensar cómo habrán sufrido!

Otro día, luego de charlar sobre los hacheros Días con Tito Cejas y Martín Oviedo —quien se sumó a la mesa—, les cuento que, según José Zarazaga, el campo de doña María Álvarez es el único que quedó sin hachar, ya que ella se negó a venderle la leña a Maero.

Don Tito aporta:

—Esos Álvarez… Don Manuel Álvarez: eran de Álvarez y Zabala. De allí se llama Cañada de Álvarez. Zabala sabía tener ramos generales, e iban con mi padre a vender a Córdoba. Iban en mulas y carros… Ramos generales tenías esos, y los Yedro: don Regalado Yedro. Una vez al año venían los viejos, con ocho o diez mulas, y traían toda la producción que había. Los cueros de zorros, las iguanas, las lanas, antes valía todo. De enero a diciembre era igual el precio: un par de alpargatas salía 10 centavos. Y todo el año igual.

Un personaje actual, imposible de no consultar a la hora de hablar sobre la tradición serrana, es don Tito Cejas**,** querido por su humildad y bonhomía. Imposible perderse una charla con él acerca de las historias de la Villa. Nos sentamos bajo el gran olmo, en el patio del almacén que complementa un improvisado camping:

—¿Y vos por qué querías hablar conmigo? —empieza, humilde y con amabilidad—. Yo no sé nada de la Villa… Yo venía del Durazno, en el campo de mis padres. En los 50 o 60 compró el campo del frente (la otra costa del rio Quillinzo) que le dicen La Granja.

—¿Por qué se llama La Granja? —le preguntamos.

—Los anteriores dueños, un tal Videla de Córdoba: ellos pusieron en aquella época gallinas leghorn (anterior a la cabañs LInk (de Mashker.) Para trabajarla, trajeron a un hombre de otra nacionalidad que casi no hablaba español. Era una fila de piezas. Tenía muchísimas gallinas y conejos en incubadora, él sabía todo eso. Yo tenía 9 años más o menos, soy del 44. Mi padre le compra a Videla y ya se había desarmado, pero le quedó La Granja. Después de casado me vine a vivir a ese campo, en la casa al frente de Julio Leuthold. La Cabaña de Mashker se hizo cuando yo ya trabajaba acá.

—En los 80 vos compraste y te viniste a esta casa, ya con el almacén que era de don Sánchez y su esposa Azucena, maestra jubilada de la escuela. ¿Cómo ves los cambios de la Villa?

—Mientras sea para bien… todo va bien. Dejará de ser lo que es. Acá éramos como una familia grande, y vivimos de eso. Yo necesito algo y vienen y me ayudan, y yo hago lo mismo con otros. ¡Eso todavía está! Y sí, gracias a Dios está, y si no yo ya me hubiera ido. Yo no puedo, hay muchísimas cosas que ya no puedo. Los vecinos me ayudan mucho acá. Al mismo tiempo hago lo que puedo, cuando soy útil en algo.

—Te cuento que tenés el privilegio de ser una de las personas más queridas de la Villa, tanto por los serranos como por los turistas. Todo el mundo te quiere mucho.

—Yo ya he llegado a una edad que necesito de todo el mundo. Entonces, si soy un viejo jodido… qué querés que te diga. Es así la cosa. No me disfrazo de nada: soy quien soy. Me gusta ser útil, y lo hago con mucho gusto cuando puedo.

—Me acuerdo que la primera vez que se incendiaron los campos a la entrada de la Villa, estábamos todos. Y vos, que no podías ir, mandaste agua.

—Ah, ¡pero eso lo hacíamos todos! Mandé agua y gaseosas, todo lo que encontré a mis manos mandé. Yo no podía ir, porque me iba a tener que sacar al hombro —se ríe—. ¿Para qué? ¿Para darles más trabajo iba a ir?

Y sigue narrando:

—Yo era un muchacho chico cuando mi padre, con un turco en La Cruz, compraba cabritos y los llevaban a Córdoba. Unos 2000 o 3000 cabritos, y el viejo sacaba un peso por cada animal. En esa época era plata. El Turco la cambiaba por verdura, y traía a la Cruz. El viejo llegó a comprar muchos campos. Era fácil comprar campos, tenía mucha hacienda mi padre. Pero no disfrutó nada. Ellos no… Te pido disculpas, más de la Villa no sé.

Así se despide Tito, desde su humildad, seguramente sin darse cuenta de que cualquier historiador o antropólogo se haría un festín escuchándolo.

La vida cotidiana de los turistas

Quienes venían a instalarse por el período estival, no podían hacerlo por menos de un mes. Sin pensar en bajar al pueblo para proveerse de mercaderías, porque no existían transportes regulares ni la factibilidad de semejante viaje, solo en los almacenes locales podían conseguir lo indispensable, además de alpargatas y una mesa para beber licor, aguardiente, una cerveza y el infaltable tinto, en ocasiones acompañado con juegos de naipes.

Quienes no contaban con la posibilidad de venir en un vehículo propio —uno con la fortaleza suficiente como para sortear estos caminos—, debían hacerlo en transporte público, ya fuera tren o micro, hasta Berrotarán, y luego subir a la Villa a bordo de una camioneta, furgón, camión o lo que hubiere para el traslado de turistas, que llegaban mezclados con garrafas, valijas, cajas con mercadería, incluso algún chivo o gallina viva.

Los serranos o residentes, como el maestro García, Venancio, o el Alemán Tchan y más tarde Julio Leuthold, hacían los viajes al pueblo para reaprovisionar el almacén de ramos generales, y de paso transportar turistas en el jeep o el camión guerrero, para recorrer los tortuosos 33 kilómetros que separan la Villa de Berrotarán.

Elvira Narvaja recuerda que toda la familia arribaba a Berrotarán en tren. Su padre, Aurelio, le encomendaba a cada hijo la responsabilidad de cuidar tres bultos cada uno.

Algunas familias arribaban en hermosos autos, como el Rambler Ambassador de Gallego Monte, o el Kaiser de don Silvester. Coches muy espaciosos, aunque no concebidos para estos caminos, donde la cima de la cuesta quedaba tapada por el largo capot del auto. O los que arribaban en los míticos Citroën 2CV, sin fuerzas para subir, a los que había que descargar para volver a cargarlos arriba.

Algunos, sin embargo, tenían la famosa Estanciera IKA, ideal para carga y con espacio interior. Don Rossi, taxista de Berrotarán en los sesenta, había comprado una cero kilómetro, y hacía este recorrido.



Foto 43 Elsa y Alicia Scrugli en el techo del camión de Tchan o algún otro de los vehículos que servían para traer a las familias de turistas.

A la mañana se esperaba la leche que había sido ordeñada por la madrugada en el campo, luego envasada en botellas de vidrio, y luego transportada en maletas colgadas en los flancos del caballo serrano, o de la mula. Con la leche llegaban también el pan y la manteca caseros, más algún "bichito" —pollo, cabrito o corderito— encargado el día anterior para la cocina.

De niño me gustaba ver las gallinas en el pequeño gallinero que todas las casas tenían, y que eran sacrificadas en el día, dada la imposibilidad de conservarlas más tiempo.

Fiestas y entretenimientos

Por las noches, en verano y bajo la luz del farol, se jugaba a las cartas o a "Dígalo con mímica", en las asiduas reuniones entre familias de turistas que alimentaron esas amistades que duraron toda la vida.

Ya en los 80, los fogones en la playa a la luz de la luna, reunían a la juventud bajo los acordes de canciones de Sui Generis, en la guitarra de los que pasaban a ser el centro de atención por su condición de guitarreros o cantores.

La actividad social se concentraba en los salones del Hotel de Ledesma. Ricas comidas, bailes y hasta cine amenizaban esas tertulias estivales desde los años 70. En el hotel se construyó una cancha de tenis con piso de baldosas, pagada con aportes de todos los vecinos, en la que se organizaron campeonatos y partidos recordados por todos. Incluso había proyecciones de cine, en una improvisada pantalla. Todo servía para generar ocasiones sociales de intercambio entre los residentes temporarios.

El quiebre apareció cuando, a fines de la década del 70, el hotel fue vendido al gremio del correo AATRAC, su actual propietario, y se cerró para los vecinos, destinando las históricas dependencias para uso de los afiliados.

Los vecinos, que tenían clara la necesidad de espacios colectivos, decidieron comprar catorce terrenos en la costa del río, sobre el barrio Sur, con el aporte solidario de un grupo de pioneros visionarios, acorde a la ideología fundante. Así se creó El Club, actual espacio recreativo y cultural, de gran uso para turistas de paso o eventos festivos.

Pero la diversión no era solo restringida a los espacios de interacción con turistas, sino que la ruralidad, históricamente, había consagrado sus lugares y motivos festivos. Norma Ordóñez, de Tala Cruz, recuerda que en su casa funcionaba un almacén con estafeta postal, que en ocasiones organizaban fiestas, o carreras de caballos.

"Y bueno… A la noche se bailaba, y por ahí se peleaban también. Sacaban los cuchillos, ¡y a la miércole…! Bramaban esos cuchillos, che….., y las mujeres disparaban por las ventanas. En ese tiempo había un señor que tenía una orquestita, o mejor dicho, un equipo; Héctor Aguirre, me parece que era. De acá de la sierra, del lado de El Durazno: lejísimo, pobrecito y venía en carguero (caballo de cargas) *con esos equipos. Estaba horas para armar y desarmar. Eran bailes a todo trapo… Y te digo que los fines de semana se juntaban chicas y muchachos acá, los sábados y domingos. Lo que más se bailaba eran valses y rancheras. Folclore también se bailaba. Yo cuando era chica me hicieron bailar un gato, con la pollerita".*

Para conservar la temperatura de las bebidas para los ocasionales clientes, *"había que ir a buscar las botellas al ojito de agua, donde estaban siempre frescas".* Normita cuenta que la carne se conservaba en la fiambrera, o como charqui (preparación de carne deshidratada) que permitía almacenarla por tiempo prolongado. "Hoy la carne no aguanta nada, ni en charqui se conserva. ¿Será por tantas vacunas que les ponen?", se pregunta Norma.



Foto 44 Fachada en su estado actual, del viejo almacén de Don Martín Ordoñez. En la última puerta que se observa es donde funcionaba la Estafeta Postal.



Foto 45Viejo techo de cañizo del salón, donde funcionaba el almacén de Ordóñez.



Foto 46 Cocina complementaria a la casa, construida para cuando se hiciera fiestas en el salón. Aún equipada con la cocina económica, prácticamente no ha vuelto a utilizarse.

En lo de Venancio Acosta se construyó un gran galpón detrás de la casa, con frente a la calle, destinado a la organización de bailes a los que concurrían no solo turistas de la Villa, sino los serranos de Lutti, Río de los

Sauces, Las Caleras, etcétera. Uno de los bailes más recordados contó con la orquesta de Camilo Decarlini, de Berrotarán. Fue una gran fiesta regional, con cantina y bailes alrededor de la pista marcada por las mesas redondas de lata, con sus sillas alquiladas en alguna población cercana. Al promediar la noche, o ya casi de madrugada, era común que los serranos que permanecían en la fiesta hasta la salida del sol, entraran en discusiones banales de parroquianos que, animados por el alcohol, terminaban en riñas acaloradas o, en el peor de los casos, blandiendo un facón o cuchillo. En aquel baile en lo de Venancio, la riña se generalizó, y aunque no hubo armas blancas, las pesadas sillas de lata plegable volaron por el aire, corriendo a los pocos turistas que quedaban en la reunión. En ese cuadro, propio de una película del Oeste, la orquesta siguió sonando para calmar los ánimos, sin perjuicio de que las sillas se hubieran convertido en peligrosos proyectiles. Mientras, y curiosamente, en el medio de esa trifulca doña Sabina Ordóñez, acostumbrada a manejar estas lides en su almacén de Tala Cruz, disfrutaba tranquilamente sentada a su mesa de una rica pata de pollo, esquivando ocasionales sillazos metálicos. Ante el asombro de los espectadores que bregaban por huir a tiempo —todos menos doña Sabina—, don Venancio apareció con su imponente figura, blandiendo un látigo largo, trenzado, con el que empezó a "arriar" a cuanto borracho se resistiera hasta las mismas márgenes del arroyo. Así terminó la gran fiesta bailable…

Los turistas, además de pasar todo el día entre las piedras y pozos de agua del Quillinzo, podían alternar con un paseo a caballo, en especial las familias que tenían esos animales y los dejaban durante el año a cuidado de los serranos. Otros los alquilaban a quienes dispusieran de ellos, como Martín Oviedo, don Oscar Becerra o don Pantaleón Clavijo. Este último tenía un típico caballo de alquiler que se dormía mientras estaba atado; lo llamaba "El Aburrido". Muchos aprendimos a andar en su confiable lomo, pensando que era un vistoso corcel, hasta que descubríamos que El Aburrido iba haciendo lo que él decidía, independientemente de la voluntad de sus ocasionales jinetes.

Las calles de la Villa

La toponimia de los lugares habla siempre de los proyectos históricos que los pensaron. Por supuesto, los nombres asignados a las calles de la Villa no podían ser menos eclécticos que su rica historia.

Tradicionalmente conocimos el ingreso principal —que hoy pasa frente al edificio comunal, el destacamento policial y la Biblioteca Frida— como "Calle Capitán Francisco César". Del mismo modo, la intersección hacia el Barrio Sur, terminando en el Club, lleva el nombre de "Poeta Hernández".

Estos españolísimos nombres se complementan con la avenida Juan Manujián, que pasa frente al dispensario. Ya vimos, más arriba, que de avenida no tiene más que la aspiración, así como no sabemos si Manujián fue o no el real apellido del homenajeado enfermero alemán.

Llamar "Capitán Francisco César" al ingreso principal se vincula con la pretensión de relacionar esta zona de Calamuchita con "la Leyenda de los Césares", hipótesis que nunca fue suficientemente probada. Se trata de una aspiración de muchos lugares de Sudamérica, consistente en suponer que existe una relación con el famoso relato de la "Ciudad de Oro". Específicamente, la Villa comparte ese rasgo con otros municipios calamuchitanos.

En el caso del Poeta Hernández, Elvira Narvaja comenta que fue una manera de ligar a ese ícono de la literatura hispana que fue Miguel Hernández, de origen humilde y muy querido por los republicanos, con aquellos pioneros de la Villa que diseñaron la disposición de esos nombres, su jerarquía y ubicación geográfica. Más adelante, se dijo que en realidad el homenaje en cuestión se refería a nuestro José Hernández, autor del Martín Fierro. Dos Hernández que influyeron en la producción literaria de dos culturas, la de Argentina y la de España. Para subsanar esta duda, se optó por dejarlo como "Poeta Hernández", sin aclarar si se refiere a Miguel o José.

Extrañamente, en algunos mapas aparece "Calle Cacique Lictin", o "Licsín", en el interior del Hotel, y el mismo nombre para la calle principal del Barrio de los Alemanes (hoy Norte). Dos localizaciones con el mismo nombre.

En la anterior gestión del intendente Mauricio Acosta (2008 – 2016) fueron renombradas muchas calles. También se nominó a otras que nunca lo tuvieron, pero ahora con nombres de plantas autóctonas de la sierra, como manera de valorar una mirada conservacionista, área en la que ya entonces empezaba a verse la necesidad de intervención del Estado, tanto en lo material como en lo simbólico. Ejemplos de estos nombres de calles son "Los Talas", "Los Espinillos", "Los Molles", "Las Acacias", "Los Moradillos", entre otras.

Un presente con cultura viva y consciente

Hoy, el trabajo político cultural se gestiona con la intención de conservar aquella impronta desde un presente de crecimiento turístico y urbanístico que se orienta a la consciencia colectiva, que entiende el ambiente desde lo natural y cultural como un todo a conservar, enrolado en el paradigma de "Turismo Alternativo Sustentable".

El crecimiento urbano y las necesidades actuales que demandan una calidad de vida distinta, hizo mella en las formas de vivir esa cotidianeidad, que ya no es tan primitiva. Muchos saberes se hicieron obsoletos, antieconómicos y están desapareciendo. Lógicamente, para algunos es más conveniente tener una moto que un caballo para recorrer los caminos del campo. Ni hablar de las permanentes excursiones de motoqueros, que atraviesan la Villa en busca de aventuras más arriba.

El boom inmobiliario también hizo su trabajo de destrucción, abriendo caminos o loteando en plena zona roja de monte autóctono, o emplazando viviendas y cabañas en una hacinamiento sobre los que el río Quillinzo se cobró la factura en una última crecida en marzo 2023, anegando o arrasando casas y cabañas en un mensaje de la naturaleza para volver las cosas a su ligar. En este contexto, el desafío de conservar se torna una obligación ética. La concientización y la acción política de intervención, son el camino.

Desde una mirada curiosa, en cada paseo por la Villa y sus alrededores, aún se toma contacto con la cultura ancestral, se intercambian saberes, se valora lo que hubo y lo que aún perdura. Adentrarse en el monte para sentarse en una piedra solo a respirarlo, para convertirnos en parte del paisaje, es una acción potentísima y bella, que nos reconecta con la creación de la cual somos parte. Tomar la costumbre de nuestros originarios de pedirle permiso al monte para entrar, como a la Pacha para pisarla, permite adentrarnos en una cultura espiritualista humanizante en su relación con el medio ambiente que nos rodea. La Villa es esta…

En la cosmovisión originaria andina, se dice que "el pasado está por delante". Lejos de ser una mirada retrógrada, es una consciencia identitaria y conservacionista.

---

[i] MONTES, María Laura. "Villa Cañada del Sauce". Cátedra de Planeamiento 1. Esc. Superior de Turismo y Hotelería Marcelo Montes Pacheco.

[ii] REX GONZALEZ, Alberto; PEREZ, J. A. "Historia de la Argentina. Argentina Indígena". Paidos. Buenos Aires, 1976.

[iii] Guía Turística de Villa Cañdad del Sauce (realizada por la "comisión de turismo", sin firmas ni año de edición).

[iv] ASSADOURIAN, Carlos Sempat. Sistema de la economía colonial. México. 1983.

BARRIONUEVO IMPOSTI, Víctor. Historia de Río Cuarto. 1º Tomo. TIPENC. Bs. As. 1986.

BUSILLI, Graciela. "El legado de los conquistadores". La Voz. Miércoles 14 de noviembre de 2001 En. http://archivo.lavoz.com.ar/2001/1114/PersonajesyLugares/nota66450_1.htm

FASSI, Juan. "Camino real de Buenos Aires a Mendoza y Reino de Chile", en El Heraldo de Reducción. Nº23, año 1947.

MAYOL LAFERRERE, Carlos. Lorenzo Suárez de Figueroa y el descubrimiento de Río Cuarto. 1973.

MONTES, Aníbal. Historia Antigua de Río Cuarto. UNC. 1953.

OVIEDO. Censo poblacional 177.8 Paraje de Río De Los Sauces, Curato de Calamuchita. Seminario de Historia Regional. Dpto. Historia. Fac. Humanas. UNRC.

AMIGORENA, José Francisco. "Descripción de los caminos, pueblos, lugares que hay desde la ciudad de Buenos Ayres a la de Mendoza, en el mismo reino" (1787). En Cuadernos de Historia Regional.

CONCOLORCORVO (1776). El lazarillo de ciegos caminantes. Introducción, notas y edición de A. Lorena Medina. Editora Nacional. Madrid. 1980.

[v] Según el trabajo de Élida Romero, "Cañada del Sauce", de la Colección editada por el Gobierno de Córdoba "Historias Populares Cordobesas" (Córdoba, 2005)". Juan Manujián no solo colaboró en la construcción del Puesto Sanitario, sino que fue su primer enfermero a cargo (pag.46).

[vi] MOLINA DE PARDO, Vilma. "En el barrio me llamaban Quelita: Historias de vida de Vilma Pardo. Grafica del Sur, 2020.

[vii] GALASSO, Norberto "Aportes Críticos a la Historia de la Izquierda Argentina" Tomo II. Nuevos Tiempos. Buenos Aires, 2007.

[viii] REGALI, Enzo Alberto. "ABELARDO RAMOS. De los astrónomos salvajes a la Nación Latinoamericana. La Izquierda Nacional en la Argentina". Ferreyra Editor, 2010. Córdoba.

OVIEDO, Censo poblacional 1778 Paraje de Río De Los Sauces, Curato de Calamuchita. Seminario de Historia Regional. Dpto. Historia. Fac. Humanas. UNRC.

AMIGORENA, José Francisco. "Descripción de los caminos, pueblos, lugares que hay desde la ciudad de Buenos Ayres ala de Mendoza, en el mismo reino". (1787) En Cuadernos de Historia Regional.

CONCOLORCORVO. (1776) El lazarillo de ciegos caminantes Introducción, notas y edición de A. Lorena Medina. Editora Nacional. Madrid. 1980.

Actualmente, esta investigación incorporará a las comunas de Villa Quillinzo y Amancay, también la de Las Caleras, dado que compartimos la mayor parte de nuestro acervo histórico.